



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

LOS NAVEGANTES DE LA BRUMA

Kellton
McIntire





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© KELLTON McINTIRE

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03143-3

Depósito legal: M. 28.696 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

LOS NAVEGANTES DE LA BRUMA

Kellton McIntire

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1



El doctor George Bates estaba asándose unas chuletas de cordero en las brasas del fuego de su hogar, cuando llamaron a la puerta.

«Wana» y «Roger», sus dos perros «rottweiler»¹, erizaron las orejas y se pusieron en guardia.

«Wana» lanzó un gruñido y se lanzó rápidamente hacia la puerta. Inmediatamente, «Roger» el macho, la siguió, gruñendo sordamente.

Bates, que era un hombre solitario, enarcó una ceja.

—El viejo O'Hara ha cogido una de sus monumentales «trompas» —caviló.

O'Hara era el individuo más viejo de Shanon Galls, la pequeña aldea perdida en las colinas de la República de Irlanda.

El doctor Bates conocía desde hacía tres años —el tiempo que llevaba en Shanon Galls— la desmedida afición del viejo O'Hara por el *whisky* de malta.

Conor O'Hara, que había cumplido los ciento dos años, no se emborrachaba muy a menudo. Aquel viejo membrudo, alto y enjuto, solo se emborrachaba una vez cada quince o veinte días. Pero sus borracheras solían dejar un recuerdo imborrable en la memoria de los ochocientos habitantes de la aldea de Shanon Galls.

Después de haberse bebido una docena de pintas de *whisky*, Conor O'Hara era capaz de provocar el mayor alboroto de que se tuviera memoria en el olvidado villorrio.

«Roger» y «Wana» gruñían junto a la puerta de roble de la calle.

—Ya voy, ya voy —murmuró el doctor Bates.

Apartó las chuletas a medio asar de entre las brasas, temeroso de que el fuego consumiera aquel manjar que había aderezado con tanto mimo.

Un poco irritado, dejó el plato de acero esmaltado sobre la mesa de rústica madera y caminó sin prisas a lo largo del pasillo.

Los perros se agitaban, inquietos, junto a la cerrada puerta.

—¿Quién va? —preguntó el médico, cauteloso.

Al principio no escuchó sino una vocecilla atiplada y débil que se perdía entre los poderosos silbidos del huracán.

Y al cabo escuchó:

—¡Soy yo, doctor Bates! ¡Me llamo Brigid Larkin! ¡Abra, se lo

ruego!

Una mujer, una niña quizá.

George retiró la tranca y tiró con fuerza de la pesada hoja de roble.

Fuera llovía torrencialmente. A la luz del zaguán, las ráfagas del viento huracanado azotaban la esbelta figura de la jovencita que, envuelta en un impermeable y protegida por un inservible paraguas vuelto, permanecía ante su puerta.

—¡Pase, pase, criatura! —la invitó el médico, apresuradamente.

La chica saltó sobre el umbral, salpicando de gruesas gotas de lluvia el piso de madero.

George empujó la puerta. Tuvo que hacer un regular esfuerzo para vencer la potencia de la violencia desatada del huracán, pero no lo consiguió antes de que penetrara una racha de lluvia helada que dejó mojado el brillante parquet del pavimento.

Dirigió una ojeada a Brigid Larkin.

Nunca la había visto. George Bates era consciente de que jamás se le hubiera pasado por alto la contemplación de una joven de tan rara y espectacular belleza.

Y en verdad Brigid Larkin merecía más de una rápida ojeada.

Morena, de rostro blanco, carnoso y expresivo, sus cejas arqueadas y pobladas servían de marco a unos ojos grandes, negros y profundos. Tenía una nariz muy bien formada, unos pómulos deliciosos y unos labios rojos y húmedos de lluvia.

Encantado en la contemplación de la muchacha, George no advirtió que ella se estremecía de frío. El inservible paraguas vuelto, chorreaba aún sobre sus negros cabellos, recogidos atrás en una empapada cola de caballo. Y el calzado de la muchacha (unos pobres zapatos con las suelas desprendidas) no resultaba a propósito para caminar largos kilómetros sobre suelos encharcados, bajo la inclemente aguanieve.

El impermeable de la muchacha chorreaba y pronto formó un regular charco alrededor de sus pies.

De repente, el doctor Bates reaccionó.

—Pero, bueno, ¿qué haces aquí, criatura? ¡Entra, hay un buen fuego bajo la campana de la chimenea! —exclamó, traspasado por la compasión.

Brigid salió de su inmovilidad y caminó tímidamente, pasillo adelante.

En la cocina, el médico se le quedó mirando de nuevo.

George Bates, de treinta y dos años, solitario impenitente, apenas había tratado a las mujeres.

Pero ahora, viendo a aquella jovencita aterida, que tiritaba violentamente bajo sus ropas mojadas, comprendió que tenía que

mostrarse hospitalario y amable.

—Dame ese paraguas —pidió. Y se lo arrancó de las manos a la muchacha—. ¿Qué esperas? ¡Vamos, quítate el impermeable, los zapatos! ¿O quieres pillar una pulmonía?

Brigid vaciló.

Pero el médico desabotonó el viejo y cuarteado impermeable y logró arrebatárselo ante la indecisión de la joven, cuyos dientes castañeteaban ruidosamente.

Junto a las alegres llamas del hogar, el vestido de franela de Brigid Larkin comenzó a humear a los pocos minutos.

George la envolvió en una mirada de infinita piedad.

Aunque alta y proporcionada, aunque bella y expresiva, Brigid Larkin estaba, evidentemente, desnutrida.

El tono pálido de sus mejillas —tan atractivas— y los estrechos hombros... Lo exiguo del busto, las delgadas muñecas, el aire de abandono y desvalidez impresionaron profundamente al solitario Bates.

—Siéntate —pidió con voz cálida—. Veré de quitarte esos zapatos chorreantes.

La muchacha obedeció.

El doctor Bates se dejó caer de rodillas, desabrochó los viejos cordones y arrancó los zapatos de los pies helados. Ella llevaba unos calcetines remendados mil veces, que formaban molestos costurones en el zancajo.

Arrancó también los calcetines, que arrojó a un lado, y se maravilló al ver aquellos blancos pies maravillosamente formados.

«Es muy bella, ¡bellísima!», pensó.

Brigid le veía hacer, encogida sobre una silla de asiento de enea.

—Veamos...

El atlético doctor Bates se alzó del suelo, aferró la silla con sus fuertes manos y acercó silla y muchacha al fuego.

Después, retrocedió hasta el viejo armario, sacó una botella de brandy y vertió un buen chorro en un vaso que ofreció a Brigid.

—Bebe —dijo—. Probablemente, no te gustará, pero te hará bien. Evitará que pilles un enfriamiento peligroso.

Luego le hizo tragar un par de comprimidos, al tiempo que trajinaba en la cocina y murmuraba entre dientes.

Al cabo, Brigid le vio penetrar en la habitación contigua y regresar con unas botas de orejas y un vestido de lana, que dejó sobre la mesa.

—Eran de la señora Kargid, mi asistenta. Ella se ha marchado a Inglaterra con su familia y no necesitará estos enseres. Calientate y luego entrarás en esa habitación y te probarás el calzado y el vestido. No temas... He dejado la luz encendida. Iré a ver qué hacen mis perros,

entretanto.

Se fue, en efecto.

Vacilante, la muchacha tomó las botas y el vestido y penetró en la habitación próxima.

Cuando volvió George, halló a Brigid sentada en una silla, embutida en el abrigado vestido de lana de la señora Kargid y con los pies protegidos por las calientes botas forradas de paño.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el médico.

—Diecisiete años, señor —respondió ella, con voz trémula.

—No me llames «señor» —respondió Bates, irritado por alguna extraña razón—. Puedes llamarme doctor Bates. O, si lo prefieres, simplemente, George. Es mi nombre de pila.

—Sí, doctor Bates —murmuró ella, sumisa.

George puso dos jugosas chuletas sobre un plato de porcelana, cortó gruesas rebanadas de pan y llenó un vaso de jerez. El vino no era el más adecuado para la carne, pero George Bates no tenía oporto tinto.

Puso las viandas sobre la mesa y las acercó a Brigid, a la que invitó.

—Come. Lo necesitas.

Los ojos, enormes y profundos, de la muchacha se clavaron sobre la tierna y sabrosa carne, aún humeante.

Pero dijo:

—No puedo comer, doctor Bates. Mi padre está agonizando.

George se inmutó.

—Explícame eso.

—No sé explicárselo, señor. Papá salió a pescar a los escarpados de Comberry —dijo la muchacha—. Regresó al anochecer y temblaba como un azogado. Mi madre le puso el termómetro, después de meterle en la cama... ¡tenía una fiebre altísima, más de cuarenta grados! Le dio un poco de leche caliente y coñac, pero papá apenas podía respirar. Comenzó a delirar. Hablaba algo acerca de los «Navegantes del Clérigo McGrath» y... parecía aterrado.

El doctor Bates dejó escapar una exclamación de ira contenida.

—¡Las eternas supersticiones! —gruñó, disgustado—. Probablemente, tu padre se mojó y ha pillado una pulmonía. Eso es todo. Vamos, come, Brigid. Intentaré poner en marcha mi viejo «Talbot» e iremos a ver a tu padre.

Pero la muchacha no probó la comida.

—¡Por favor, doctor Bates! ¡Vayamos cuanto antes a Royd Tarraff! —gimió.

George apretó las mandíbulas.

—Tu padre puede estar muy enfermo, pero tú estás desfallecida. Si quieres que corramos bajo la lluvia hasta Royd Tarraff, tendrás que

comerte eso —dictaminó, inflexible.

La muchacha dudó.

Pero al fin, el instinto y la necesidad vencieron. Tomando la carne con un ademán de infinita ansiedad, comenzó a masticar una jugosa chuleta.

George la vio comer durante unos minutos. Luego fue a la habitación contigua, donde permaneció unos instantes.

Cuando salió, se había calzado unas fuertes botas montañeras y se había puesto un sólido impermeable sobre su cazadora de cuero.

Brigid estaba terminando su yantar cuando el médico se acercó a ella.

Satisfecho, comprobó que la muchacha se había comido la carne y las dos gruesas rebanadas de pan.

—Bébetelo el vino —ordenó—. Hace frío.

—Pero, señor, mamá no me permitiría...

—Tu madre haría bien en ocuparse de ti en lugar de acudir cada sábado a cotillear al mercado de Waringad —respondió secamente el doctor.

Y añadió, por segunda vez:

—Tómalo el vino. Te hará bien.

Esperó hasta que la muchacha, con la actitud de quien se toma una purga, alzó el vaso y tragó su contenido de una sola vez.

Brigid tosió violentamente, pero un instante después sus mejillas habían alcanzado un tono rojizo muy saludable.

—Espera aquí —advirtió el adusto doctor Bates—. Voy a ver si logro poner en marcha el coche.

El automóvil del doctor Bates, un renqueante «Talbot» modelo 1951, se encontraba en la pequeña cochera próxima a la puerta principal de su casa.

Brigid, que sentía arder sus mejillas, oyó sus aplomados pasos en el corredor y luego el golpe de la puerta al cerrarse.

Verdaderamente, en aquellos momentos Brigid Larkin se hubiera dejado dormir dulcemente. Pero el recuerdo de su padre agitándose violentamente en el delirio, impidió que la jovencita se abandonase al suave sopor que la embargaba.

Luego, por encima del rumor del temporal, se escuchó en la calle el ronroneo del motor del coche del doctor Bates, que entró poco después, despotricando.

—¡Maldita batería! Ha vuelto a descargarse y me he visto obligado a arrancar el motor a fuerza de puños y de manivela...

Cogió el raído impermeable de la muchacha (que había puesto a secar sobre una silla al amor de la lumbre) y dijo:

—Vamos. Trataré de echarle una mano al viejo Liam Larkin.

El médico estaba ya apagando las luces y se marchaba a largos pasos hacia la puerta. Brigid le siguió a la carrera, aunque sentía sus piernas llenas de calambres y tan pesadas después del reparador descanso junto a la lumbre...!

Salió a la calle y se estremeció al recibir en pleno rostro una ráfaga de aire helado.

Pero el doctor Bates cerró la puerta con la pesada llave y la amparó bajo el vuelo de su enorme capota de lluvia.

La densa lluvia disminuía considerablemente la luz que brotaba de los faros del automóvil.

George abrió la descolgada portezuela de la derecha y ayudó a la muchacha a acomodarse sobre el despanzurrado y recosido asiento.

Las escobillas de los limpia-parabrisas producían un rumor quedo: ibraazz, braazzz!

La alta silueta de George Bates borró la lluvia al rodear la parte delantera del coche, que se inclinó ostensiblemente a la derecha al recibir el peso del médico.

Luego el hombre movió la palanca del cambio, zumbó el motor y el coche rodó despacio sobre el pavimento de piedras.

Concentrado en la conducción del vehículo, George Bates no pronunció una sola palabra hasta que abandonaron el pueblo y el coche rodó despacio sobre los charcos fangosos del camino que conducía a la costa atlántica.

Cada vez que pensaba en Royd Tarraff, a George se le helaba la sangre en las venas. Para llegar a la cabaña de los Larkin tendría que conducir el viejo vehículo a lo largo de trochas y precipicios junto al mar.

En tiempo apacible, conducir un automóvil por el estrecho camino era toda una proeza. Pero en una noche tan endemoniada como aquella, intentarlo siquiera era decisión de verdaderos suicidas.

Sin embargo, había iniciado la peligrosa aventura.

—¿Por qué? —se preguntó a sí mismo.

La respuesta era muy clara: por Brigid.

Conocía muy superficialmente a los Larkin. El tío de Brigid, Jeff Larkin, le debía aún treinta libras, importe de las atenciones médicas y de una docena de inyecciones de antibióticos necesarias para curarle una salvaje pulmonía que el viejo loco pilló en la cala de los escarpados de Comberry, empeñado en pescar unas cuantas langostas.

El padre de Brigid, Liam Larkin, era un aventurero que había pasado los años de su juventud recorriendo todos los mares en busca de una fortuna que, lamentablemente, siempre se le mostró esquiva. En la

actualidad, Liam Larkin se ganaba la vida cuidando una veintena de cabras en el angosto desfiladero de Royd Tarraff, a dos kilómetros de la costa. Cuando las fuerzas —y la escasez de *whisky*— se lo permitían, se ayudaba pescando en su lancha por las inmediaciones de los peligrosos escarpados de Comberry.

En cuanto a Finola Larkin, la madre de Brigid, era una católica a ultranza, aunque presa fácil de toda clase de beaterías y supersticiones.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó el médico, de pronto, mientras el coche chapoteaba sobre los abundantes charcos del camino.

—Andando —respondió ella, con sencillez.

¡Andando!

La distancia que separaba la aldea de Shanon Galls del desfiladero de Royd Tarraff no era inferior a los once kilómetros.

Imaginar que Brigid, aquella débil y tierna muchacha, había tenido que cubrir aquella distancia a través de precipicios y peligrosas pendientes... bajo la fría lluvia despiadada, era suficiente para abrir las carnes de un hombre tan indiferente y adusto como el inexpresivo doctor Bates.

Sin poderlo evitar, alzó su mano izquierda y rodeó, afectuoso, los hombros de la jovencita, en tanto mantenía la derecha aferrada al volante.

—Estás loca, loca, rematadamente loca. ¡Exponerte a morir despeñada en una noche tan oscura e inclemente como esta...! —gruñó, colérico—. Y todo porque tu padre ha debido pillar una borrachera de *whisky*...

Brigid se irguió. Rígida.

—Papá no probó una sola gota de licor —protestó con dignidad—. No había *whisky* en casa: se había terminado la tarde anterior. Pero, además, él se dirigió directamente a los escarpados de Comberry, sin acercarse a Shanon Galls. No bebió una sola gota —repitió con energía.

George movió la cabeza, escéptico.

—Y, en cualquier caso... ¿por qué no vino a avisarme tu tío Jeff? Él es fuerte y vigoroso y conoce bien esos vericuetos de las colinas rocosas. ¿Por qué no vino? ¡Di!

Brigid se estremeció bajo el impermeable.

—Tío Jeff ha muerto —dijo.

El coche tomó una pronunciada curva, elevó cortinas de aguas rojizas al atravesar un gran charco y siguió adelante, cabeceando violentamente sobre el irregular camino pedregoso.

—¿Qué has dicho? —exclamó el médico.

—Mamá envió a tío Jeff en busca de usted, doctor Bates. Pasó una hora. Mucho tiempo después, mamá dijo: «Ve tú o papá morirá,

querida». Y me puse en camino. Tío Jeff se había llevado a «Tom», nuestro viejo caballo... Los vi a ambos en el fondo de Simkus Crape, el barranco que antecede al lugar donde tenemos nuestra casa. Me costó mucho trabajo ver los dos cadáveres, pues la pila de mi vieja linterna estaba gastada. Pero allí estaban, despanzurrados. Sospeché algo cuando vi una herradura del caballo enganchada en una grieta del camino. Todavía estaban los clavos, en los agujeros. Tío Jeff gustaba de espolear al viejo caballo. La herradura del animal debió encajarse en la grieta y el viejo «Tom» perdió el equilibrio y se despeñó y con él...

La muchacha se inclinó hacia adelante, se cubrió el rostro con ambas manos y estalló en violentos sollozos...

Bates la dejó llorar por unos minutos.

—Se desahogará —pensó.

Ella se fue calmando poco a poco.

Transcurrieron diez minutos. El vehículo escalaba lentamente las pendientes que llegaban a los escarpados.

George había metido la segunda velocidad y vigilaba, atento, la honda negrura del precipicio que se abría a la izquierda.

Al fin, el automóvil superó el *coll* y descendió la pendiente.

—Es una estupidez, una verdadera estupidez —pronunció entonces el doctor Bates.

Brigid alzó vivamente el rostro, todavía empapado en lágrimas.

—Digo que es una estupidez, toda esa sarta de viejas leyendas y supersticiones. No conozco muy bien esa historia del «Clérigo Seamus McGrath» y sus marineros fantasmas —explicó, malhumorado—. Pero imagino que no se trata de otra cosa que de burdas patrañas.

La joven le miró fijamente.

—Me habían dicho que era usted un descreído, doctor Bates —musitó—. Y ahora veo que las opiniones de mis vecinos son razonables.

George se encolerizó.

—¿Por qué? ¿Porque no me dejó llevar por las absurdas creencias que dominan a estas gentes? Créeme, Brigid, la sarta de mentiras que repiten vuestros ancianos no son más que el resultado de las largas noches de *whisky* y canciones. Ellos fabulan historias extraordinarias para sacudirse el aburrimiento y la monotonía de estas tristes latitudes. Y eso es todo.

Apretó el pedal del freno al acercarse al torrente que cruzaba, espumeante, el escarpado camino, temeroso de que el viejo vehículo quedase allí anclado entre las rocas por toda una eternidad o, en el mejor de los casos, fuera empujado violentamente por la rápida corriente.

Por ventura, las ruedas del «Talbot» cruzaron rápidamente la fuerte

corriente y se afianzaron al terreno pedregoso, salvado ya el torrente.

Permanecieron unos minutos en silencio.

De repente, la muchacha pronunció:

—Hay cosas verdaderas en esas historias, doctor Bates. Y una de ellas es la promesa del reverendo Seamus McGrath.

Los labios de George se plegaron en una sonrisa escéptica.

—Ya te he dicho que no conozco muy bien esa historia. Pero aún nos queda un buen rato de camino —miró de una ojeada a la guapa jovencita y sugirió—: ¿Por qué no la cuentas con detalle?

Brigid asintió.

—Todo ocurrió hace ciento sesenta años... —dijo.

Capítulo 2

H

ICIERON una gran fiesta antes de partir.

Y el primero en abrir la barrica de ron fue el reverendo Seamus McGrath.

El clérigo escocés tenía fama de hombre rico y culto.

El dinero iba a permitir la expedición a los mares del Sur y la inquietud intelectual de Seamus McGrath haría el resto.

Sobre las piedras de la pequeña plaza de Shanon Galls se asaron aquella tarde dos cabras y cuatro carneros cebados.

La cerveza corrió, pródiga, de mano en mano. Y jugosos trozos de asados fueron distribuidos entre la tripulación del «Beatitude»² y los vecinos de la aldea.

Solo al llegar la noche atizaron las hogueras y se distribuyó el ron.

Seamus McGrath se sentía aquella noche lleno de excitación.

Por fin, su empresa se iba convertir en realidad.

Amante de la Botánica hasta la exageración, el clérigo se proponía alcanzar las islas del Pacífico Sur con su bien avituallada goleta «Beatitude».

Su objetivo era ambicioso: pensaba regresar con una colección de vegetales de las lejanas islas tropicales que trataría de aclimatar en Irlanda. Le interesaba, sobre todo, el mítico «árbol del pan» y determinadas clases de tubérculos, que una vez adaptados al clima de Irlanda permitirían erradicar las seculares hambrunas que venían padeciendo los irlandeses.

Se trataba, por tanto, de una empresa filantrópica y trascendental, que Seamus McGrath pensaba llevar a cabo sin la menor ayuda estatal. Para ello, había liquidado toda su fortuna, incluido el solar de sus antecesores, sus muebles y enseres. Después de convertirlo todo en dinero, armado el «Beatitude», cargado de vituallas y regalos para los nativos de las lejanas tierras de destino, el animoso clérigo decidió gastar unos centenares de libras en ofrecer una fiesta a los que se marchaban y también a los que quedarían en Shanon Galls.

Todo el mundo comió, bebió, rio y bailó. Las fogatas estuvieron luciendo en Shanon Galls hasta altas horas de la madrugada.

Dos días más tarde, la goleta «Beatitude» partió de la cala de Comberry al anochecer, cuando la marea fue propicia.

Con tristeza, los habitantes de la aldea fueron en masa hasta la cornisa atlántica para dar su despedida al clérigo McGrath y a sus esforzados marineros, que partían hacia distantes tierras, dispuestos a arrostrar toda clase de peligrosos obstáculos.

Lo dificultoso de la travesía se demostraría cuatro días más tarde, cuando una tempestad azotó al «Beatitude», zarandeándolo y desarbolándolo casi totalmente. Por fortuna, al sexto día de navegación dieron visto a un «Clipper» inglés, el *Great Sea*, cuyo carpintero ayudó al del «Beatitude» a reparar los destrozos de la goleta de McGrath.

Sin embargo, al clérigo le preocupaba una cosa cuando reemprendieron la singladura, siempre hacia el Sudoeste: durante aquellos dos días en que el «Beatitude» navegó a la deriva tras la tempestad que había arruinado su arboladura, la tripulación había dado frecuentes muestras de indisciplina, agresividad y tensión.

De entre todos los marineros, el más díscolo era el veterano Walter Strong. Para McGrath, Strong no era digno de confianza: había ido a parar a la cárcel por muchos años después de cometer un homicidio en una taberna. Pero fue el propio Strong quien suplicó al clérigo que le aceptase en su rol, invocando la pobreza y miseria de la familia que tenía a su cargo. Ante esto, McGrath se ablandó y terminó aceptándole, si bien ahora comenzaba a arrepentirse de haberse dejado llevar por la compasión, pues Strong no cesaba de intrigar y enardecer a sus compañeros.

Y luego, súbitamente, se produjo el amotinamiento. El motín tuvo lugar cuando el «Beatitude» se aproximaba a los peligrosos arrecifes de las Bahamas o Lucayas.

El capitán del «Beatitude», John O'Brien, fue sorprendido en su lecho con la desagradable visión del cañón de una pistola a escasos centímetros de su frente.

—No se resista, capitán, o es hombre muerto —gruñó Walter Strong—. Esto es una insurrección y, puede creermelo, estamos dispuestos a todo.

Le arrancaron de su litera con brutales empujones y le llevaron a la bitácora, donde se encontraba también el reverendo McGrath y cuatro marineros fieles, a los cuales Strong no había logrado poner de su parte.

—Han asesinado a Ruter, el contramaestre —anunció el clérigo, espeluznado—. No han vacilado en degollarle, cuando el pobre Ruter sacó la pistola que guardaba bajo su litera.

Strong dejó escapar una brutal carcajada.

—Y otro tanto haremos con ustedes, si tratan de oponerse a nuestros planes —advirtió el jefe de los amotinados con toda crueldad.

Aunque asustado, el reverendo Seamus McGrath reaccionó con

serenidad.

—¡Están ustedes locos, Strong! ¿Cuáles son esos planes? ¿Dedicarse a la piratería, quizá? —sugirió.

Pero el capitán John O'Brien se mostró escéptico.

—No lo creo, reverendo. Strong es demasiado holgazán y cobarde para convertirse en un bucanero. No creo que se trate de eso... —dijo.

Strong se le acercó, petulante.

—Este viejo cangrejo tiene razón —respondió, señalando a O'Brien—. No soy tan estúpido como para exponerme a colgar del palo mayor de un buque de la Armada Inglesa.

—¿Entonces...? —preguntó McGrath, atónito—. ¿Qué objetivo final tiene esta locura que ha costado ya la vida de un hombre valeroso, como Ruter?

Strong no respondió directamente a aquella cuestión.

Dijo:

—He calculado el valor del «Beatitude» y su carga, monseñor —al hablar, hizo una grotesca reverencia ante Seamus McGrath—. ¿Me equivoco mucho al imaginar que vuestra eminencia invirtió algo más de doscientas mil libras esterlinas en este barco y su carga?

El clérigo palideció.

¿Cómo había conseguido aquel bribón averiguar aquellos datos? Porque, en efecto, el dinero invertido por McGrath en la goleta y su cargamento importaba exactamente la cantidad de doscientas mil libras. Es decir, casi toda su fortuna personal.

—Veo que mi cálculo es acertado. Pues bien: lo que pensamos hacer es convertir esta goleta y su carga en dinero contante y sonante. No nos faltarán compradores... ¡los mismos piratas a los que vuestra eminencia aludió antes! —exclamó Strong.

Seamus McGrath se sintió indignado.

—¡No es posible! —exclamó—. ¿Has pensado, Walter Strong, que si lleváis adelante vuestros planes ello significaría el fracaso de nuestra misión? He sacrificado una vida cómoda y regalada al bienestar de los demás. Intento traer a nuestro país los recursos vegetales de tierras más ricas. Con la única mira de desterrar el hambre que padecen nuestros compatriotas desde hace siglos.

—¡Al diablo con todos ellos! —gritó Strong, con violencia—. ¿Qué me importan las hambrunas de los demás? Nosotros seremos ricos dentro de poco y jamás volveremos a Irlanda. Esto es lo único que nos importa.

—¡Strong, Strong, reflexiona! —le suplicó el clérigo con humildad—. Lo que se adquiere mediante el crimen y la rapacidad nunca rinde beneficios. Os conmino a que depongáis vuestra temeraria actitud.

Entregad las armas al capitán O'Brien y olvidaré que os habéis amotinado...

Pero Walter Strong le hizo callar de dos rudos bofetones, pues temía que las palabras del clérigo influyeran a los hombres amotinados.

—¡Cállese, eminencia, o tendré que arrojar su cadáver a los tiburones! —gruñó colérico el marinero.

Un hilillo de sangre brotó de los labios del reverendo McGrath.

—No callaré, inmundo traidor. Ahora que lo pienso, acabo de descubrir la verdad: la idea del crimen estaba ya en tu retorcido cerebro cuando me rogaste con lágrimas en los ojos que te admitiese a bordo —gotas de sangre mancharon su blanca pechera—. Pero te aviso, Strong: la ira de Dios caerá sobre ti y los que te secundan si sigues adelante con tus planes. El Todopoderoso no puede dejar sin castigo...

Calló súbitamente y sus ojos se desorbitaron.

Rastreramente, Strong se había ido aproximando a él lentamente, ocultando el largo cuchillo en la manga de su jersey. Sin que nadie pudiera detenerle, el jefe de los amotinados movió su brazo derecho y la hoja de acero penetró profundamente en el pecho de Seamus McGrath.

El clérigo dobló las rodillas y cayó al suelo lentamente. Allí, postrado en actitud de orar, comenzó a bisbisear una oración.

John O'Brien, espantado por lo que acababa de ver, logró librarse de las manos de los rebeldes que le sujetaban y se lanzó sobre el asesino.

Pero no llegó a aferrarle entre sus rudas manos. Se oyó un pistoletazo y el capitán cayó sobre la cubierta con el cráneo destrozado.

—Arrojadles a los tiburones —ordenó Strong brutalmente.

El cadáver del infeliz John O'Brien fue lanzado por la borda, pero los marineros se resistieron a hacer lo mismo con el cuerpo de Seamus McGrath, cuyos labios seguían moviéndose apenas en un bisbiseo inaudible.

—¿Qué esperáis? —rugió Strong.

—No podemos hacer eso con el reverendo McGrath —se opusieron los amotinados—. Tú has cometido un sacrilegio al matar a un hombre santo, pero nosotros no te secundaremos. Si los tiburones devorasen al clérigo, su alma estaría maldiciéndonos por los siglos de los siglos.

Strong largó una salvaje patada al cuerpo del hombre agonizante y volvió a reír a carcajadas.

—¡Conque todo lo que os aterra es que los tiburones devoren el cuerpo de su eminencia! ¿no es eso? ¡Pues bien! traed un bidón grande —pidió.

Trajeron de la bodega un enorme bidón metálico, de zinc, de los utilizados para contener grasas.

Strong en persona retiró el cincho de cobre y la tapa.

Después tomó entre sus manos a McGrath, que aún vivía, e introdujo al clérigo en el bidón, que cerró herméticamente con su cincho y arrojó enseguida al mar de una furiosa patada.

El bidón giró ruidosamente sobre cubierta y saltó al mar por la amura de babor.

Como impelidos por una fuerza misteriosa, todos los amotinados se inclinaron sobre la borda y contemplaron el bidón de zinc, que tras hundirse profundamente en las aguas grisáceas, emergió a la superficie y se alejó de la goleta, flotando sobre las aguas.

—¡Buen viaje, eminencia! —gritó Walter Strong, groseramente.

En aquel momento, el «Beatitude» cabeceó violentamente. Alguien gritó, aterrado:

—¡Mirad eso!

Y todos se volvieron y contemplaron, espantados, la colosal ola surgida del fondo del mar, que se acercaba, con potencia avasalladora, por la popa de la goleta.

Era un *tsunami* de más de quince metros de altura³.

Strong gritó hasta enronquecer:

—¡A la maniobra, a la maniobra!

Pero era demasiado tarde. La enorme ola elevó al «Beatitude» sobre el mar hasta el punto de que el horizonte desapareció a la vista de los tripulantes.

La mayoría de ellos fueron arrojados violentamente al mar. Otros se dejaron caer al suelo y entonaron, aunque tardíamente, una súplica al Todopoderoso...

★ ★ ★

—No, se tuvieron noticias de la suerte corrida por la goleta hasta mucho después —narró Brigid Larkin—. Cuando llegaron las tempestades otoñales, alguien aseguró que la goleta había sido vista en la cala de Comberry. Los que la vieron enfermaron gravemente y murieron. Todos ellos eran familiares de los marineros que se amotinaron a bordo de la «Beatitude». Pero hay algo más raro aún...

—¿Qué? —preguntó el doctor Bates.

—Los que vieron la goleta, aseguraron que el buque no parecía haber sufrido graves desperfectos, a pesar de ser objeto de una terrible «tsunami». Solo una cosa había cambiado en la embarcación: el nombre pintado a sus costados. Ya no se llamaba «Beatitude», sino «Misfortune»⁴ —respondió la muchacha.

Bates distendió los labios en una sonrisa escéptica.

Verdaderamente, concebía la historia que acababa de escuchar de

labios de Brigid como lo que verdaderamente era: el resultado de un delirio.

Porque ¿cómo aceptar que un barco naufragado ciento sesenta años atrás pudiera navegar aún? ¡Aquello era una fábula, como la del «Holandés Errante»!

Pero Brigid aún tenía algo que decir.

—A partir de entonces, la goleta «Misfortune» aparecía cada año, por noviembre, en la cala de Comberry. Desgraciado de quien se encontrara en aquellos momentos en la costa: la sola visión de la goleta fantasma producía en ellos tal terror que enfermaban y morían irremisiblemente. Aunque, caso extraño, los afectados fueron siempre descendientes de aquellos tripulantes de la «Beatitude» que partieron de Comberry con destino al Pacífico Sur hace más de siglo y medio —relató.

—¡Absurdo! —exclamó Bates, impaciente e irritado—. ¿Qué culpa podían tener los parientes de la traición cometida a bordo del «Beatitude» por sus antecesores?

—Lo ignoro, pero esto es lo que sé —respondió la muchacha, estremeciéndose.

El «Talbot» de Bates descendía despacio a lo largo de la trocha que limitaba a la izquierda con el barranco de Simkus Crape.

Al fin, cuando se aproximaban a la costa y el camino se tornó más ancho, liso y seguro, George miró fugazmente a Brigid y murmuró:

—¿Quién te contó todo eso?

—Mi padre —respondió la joven.

—¡Tu padre! No quiero ofenderte, Brigid, pero todo el mundo sabe en Shanon Galls que Liam Larkin es un borrachín. No sería yo quien me fiase de él. Aunque, por lo que he oído, esa leyenda es del dominio de todos. En el tiempo que llevo en Shanon Galls, he observado que cuando llega noviembre, ni uno solo de los pescadores de esta aldea quieren oír hablar de la pesca. Se refugian en la taberna de Joe Randall y beben cerveza y *whisky* hasta que el licor les sale por las orejas —volvió a mirar a la muchacha—. Lo que quiero decir es que algún fundamento debe tener esa leyenda, si bien me niego a aceptar que tu padre haya enfermado por el simple hecho de haber visto a la goleta «Misfortune». Y, por cierto, tampoco creo en la existencia de esa nave. Posiblemente se trata de una artimaña de los contrabandistas para evitar que los curiosos se asomen a la costa.

Calló. En el fondo de la garganta, los faros del coche acababan de descubrir la casa de piedra de los Larkin.

Al cabo, el vehículo se detuvo ante la casa con un chirrido lúgubre.

En el momento en que George detenía el motor y apagaba los faros,

la puerta de roble se abrió y una lengua de luz permitió observar que la lluvia menguaba.

De repente, vieron, brotar al exterior a un gigante de horrible apariencia que exhalaba tufaradas de vapor rojizo.

Brigid exhaló un chillido de espanto y se cobijó en los brazos del doctor Bates.

—¡San Patricio nos asista! —gimió la muchacha—. ¡Es uno de esos espectros errantes...!

Capítulo 3

L

A reacción del doctor Bates no fue menos violenta que la de la muchacha. Ante la horrible visión del gigantesco antropoide que arrojaba nubes de vapor por doquier, George se inclinó y palpó bajo el asiento.

Apretó entre sus dedos su única arma; una pesada llave inglesa. Ya se disponía a golpear a la horrenda aparición, cuando escuchó aquella voz amistosa:

—El doctor Bates, supongo. Yo soy el sargento Raft, de Bargerons Inns.

George dejó escapar un fuerte resoplido, soltó la llave inglesa y encendió los faros.

A la fuerte luz, descubrió que el «aparecido» no era sino el jefe de policía del vecino pueblo.

Aunque eso sí, el sargento Dolan Raft estaba cubierto de barro hasta las orejas, pues había llegado en motocicleta a Roy Tarraff. Probablemente, completamente manchado del lodo del camino, se había calentado en la lumbre de los Larkin y el barro se había ido secando sobre su impermeable, dándole aquella impresionante apariencia que tanto había asustado al doctor como a la chica.

—¡Uf! ¡Nos ha dado un susto de muerte! —gruñó George, descendiendo del vehículo. Y comentó—: Imagino que no ha tenido tiempo de mirarse al espejo...

Raft no comprendió la broma, pero se apresuró a seguirles cuando el médico y Brigid corrieron hacia la casa.

Ya dentro, mientras la chica y Bates se libraban de los impermeables, el médico preguntó:

—¿Qué le ha traído hasta aquí, sargento, en una noche tan endemoniada? Supongo que usted no creerá una sola palabra de esa historia del Clérigo McGrath y sus «Navegantes Fantasma»...

Raft se, libró de su embarrado casco de motorista y comenzó a arrancarse lascas de lodo seco de su ancho y amistoso rostro.

—Verdaderamente, no, doctor Bates. Bueno... quiero decir que me limito a escuchar esas leyendas y a respetarlas. Pero, no: el motivo que me ha traído hasta aquí es otro —respondió.

—Usted dirá.

—Es un servicio rutinario. Me han llamado por teléfono desde Dublín, esta misma tarde. Un criminal peligroso, Oliver Boone, ha conseguido escapar de la penitenciaría de Ruark y la policía teme que se haya dirigido hacia la comarca de Bargeron Inns para alcanzar la costa atlántica. Boone, convicto de un triple asesinato, se vio obligado a matar a dos vigilantes para poder escapar. Por eso he decidido alertar a los poblados cercanos y a las gentes que viven en alquerías y granjas. Eso es lo que me trajo a Royd Tarraff.

Se rascó furiosamente el bigote rojizo y añadió:

—Por cierto, ¿qué es lo que le ocurre a Liam Larkin? He tratado de interrogar a su esposa, pero esa pobre mujer no sabe hacer otra cosa que llorar. Me ha resultado imposible hacerle pronunciar una sola frase inteligible...

—Liam fue a pescar a la zona de Comberly. Imagino que ha pillado una pulmonía. Veamos...

Atravesó la humilde estancia abarrotada de viejos muebles y enseres y se acercó a la cama situada junto a la chimenea, donde ardía un fuego de turba.

Como había señalado el sargento Raft, Finola Larkin sollozaba abrazada a su marido.

—Por favor, apártese. Debo reconocer a su esposo —pidió Bates con voz enérgica. Pero los gemidos de Finola aumentaron y la pobre mujer se aferró al cuerpo de Liam Larkin como si le fuera en ello la vida.

Al fin, tras no pocos esfuerzos, entre el policía George y la propia Brigid lograron apartarla de allí y acomodarla en una silla próxima.

Bates examinó a Larkin con interés y curiosidad.

Aquel hombre se estremecía en violentos tiritones a pesar de que la atmósfera era caldeada y su cuerpo estaba abrigado por dos mantas de lana y una gran piel de borrego.

Larkin tenía los ojos desorbitados, la tez pálida y los labios temblorosos. No cesaba de bisbisear entre dientes algo que Bates no pudo descifrar, a pesar de que acercó su oído a la boca de Liam.

Entonces descubrió su pecho y le auscultó. Tomó después su pulso y puso un termómetro bajo su axila izquierda.

Minutos después descubría, estupefacto, que Larkin no padecía pulmonía ni ninguna otra afección respiratoria.

No tenía fiebre y respiraba libremente. Tampoco tosía ni daba muestras de la menor dificultad respiratoria.

A pesar de lo cual, todo su cuerpo vibraba con un temblor sostenido y profundo que le agitaba sin cesar.

Bates frunció el entrecejo.

—Es incomprensible... —le oyó murmurar Brigid, que permanecía,

atenta, a su lado.

Bates palpó una y otra vez el cuerpo de Bates.

A pesar de que respiraba sin dificultades, a pesar de la elevada temperatura de la estancia y de las gruesas ropas de abrigo que le cubrían, la temperatura corporal de Larkin descendía constantemente.

Había bajado ya a 34 grados centígrados y aún descendía.

—Si continúa descendiendo, sufrirá un paro cardíaco y morirá —temió el médico.

El corazón de Larkin, sin embargo, latía desordenadamente a más de ciento veinte pulsaciones por minuto.

George seleccionó unos comprimidos en su maletín, pidió un vaso de agua e hizo tragar dos píldoras al enfermo.

Mientras esperaba la reacción de Larkin atentamente, George pensó:

—Se diría que padece una grave afección nerviosa. ¿Qué pudo ver este hombre para...?

En aquel momento se oyó un alarido ululante, lejano.

El sargento Raft se volvió de un respingo, a pesar de su físico corpulento y su talla gigantesca.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

Callaron todos, a excepción de Finola Larkin, que seguía sollozando.

Atónito, Bates buscó una linterna en su maletín y salió al exterior, seguido apresuradamente del sargento Raft.

Fuera, George tropezó con algo y se hirió en las espinillas, lo que le obligó a exhalar un grito de dolor.

En la oscuridad, acababa de tropezar con la pesada motocicleta «Davidson» del policía, que le tendió solícito una mano.

—Lo siento, tal vez debí poner la máquina más allá...

—No ha sido nada. Tan solo un rasguño —respondió el médico, disgustado consigo mismo.

Rodearon el «Talbot» y advirtieron que la lluvia había cesado, aunque todavía chorreaba el tejado de pizarra en la casa de los Larkin y los arroyuelos corrían, rumorosos, a lo largo de los cauces de piedra.

Prestaron atención, pero no volvieron a escuchar aquel espeluznante alarido de alma en pena.

Volvieron al abrigado interior de la casa, donde Brigid se inclinaba, aturdida, sobre el cuerpo de su padre.

—¡Doctor, doctor! ¡Venga rápido, por favor! —gritó la joven.

George se abalanzó hacia el lecho y se inclinó sobre el paciente.

Larkin estaba muriéndose, era evidente.

Sus manos estaban heladas, como su rostro y sus piernas, que se

estremecían con un temblor persistente.

Desesperado, George le aplicó masaje al corazón durante unos minutos. Pero el enfermo no reaccionó.

Entonces pudieron escuchar claramente sus palabras.

—Estaban... estaban allí... sobre cubierta... Strong hundía su largo cuchillo en el pecho del reverendo McGrath y este le maldecía sordamente... ¡Incluso oí las palabras que pronunció Seamus McGrath! Dijo: «¡Malditos vosotros y malditos todos vuestros descendientes...! La Muerte irá arrebatándolos uno a uno hasta que este horrendo crimen haya sido saldado...»

George Bates apenas prestaba atención a estas palabras. Estaba demasiado absorto en la tarea de frotar los miembros y el pecho del enfermo, para atender a sus delirios absurdos.

Tan abstraído se encontraba en ello, que ni siquiera percibió que el cuerpo de Larkin dejaba de vibrar hasta que Brigid comenzó a sollozar desgarradoramente.

—¡Padre, padre...! ¡Mi pobre padre ha muerto!

Finola Larkin se alzó de su silla, les miró con expresión extraviada y dando un gran grito se lanzó hacia la puerta de salida.

—¡Los «Navegantes de la Bruma»! ¡Son ellos! ¡Vendrán, vendrán y nos llevarán a todos! ¡A todos...!

Raft y Bates la vieron abrir la puerta de un violento tirón y desaparecer en las tinieblas.

—¡Espere, señora Larkin! —gritó el policía—. ¡Es peligroso caminar a campo través en una noche como esta...!

Indeciso, Bates dirigió una rápida mirada al cuerpo de Liam Larkin y puso ambas manos sobre los hombros de Brigid.

—No te muevas de aquí —rogó—. El sargento y yo traeremos a tu madre.

La muchacha, asintió, transida de pena, de miedo y de preocupación.

George se precipitó a la puerta, linterna en mano. Procurando no tropezar con la motocicleta de Raft, corrió hasta el coche y encendió los faros para iluminar la máxima extensión de terreno.

Pero la batería se había descargado de nuevo y los faros apenas lucían como candiles. El doctor Bates maldijo entre dientes, irritado e impaciente.

—¡Sargento! —gritó—. ¿Puedo saber dónde se ha metido?

Nadie contestó a su llamada. Por lo demás, en aquel momento comenzó a llover de nuevo. George volvió a la casa y buscó su impermeable, que se puso. Desde el fondo de la amplia estancia, Brigid le dirigió una ansiosa mirada interrogante.

—No te preocupes. La encontraremos —prometió Bates. Y tornó al exterior.

Casi tropezó con Raft que regresaba, jadeante.

—No sé dónde puede haberse metido —explicó, entre jadeo y jadeo—. La señora Larkin corría cuesta arriba, a lo largo del camino que lleva a Shanon Galls. La he seguido doscientos metros, pero después la he perdido. Lo mejor es que utilicemos la motocicleta. ¿Quiere venir conmigo?

—Vamos —respondió el doctor Bates.

Retrocedían hacia la motocicleta, cuando un estampido les obligó a detenerse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el médico, estupefacto.

—No lo sé, pero juraría que ha sido un disparo. Claro que con esta lluvia...

El sargento desabotonó su impermeable y sacó una pistola de grueso calibre que puso en manos del doctor Bates.

—Es fácil de disparar: solo debe separar la pequeña palanca del seguro y apretar el gatillo —indicó.

—Pero...

—No estará de más tomar precauciones. Ya oyó la noticia de la fuga de ese peligroso criminal, Oliver Booke. Si ve algo sospechoso, no dude en utilizar el arma —insistió el policía.

Montó en la moto y arrancó el motor de un furioso pedalazo. Invitó a subir a Bates y la máquina rodó sobre los guijarros.

Por fortuna, la motocicleta poseía un motor robusto y potente y un faro que alumbraba perfectamente la trocha a pesar de que la lluvia se tornaba cada vez más intensa.

Pero George sintió un escalofrío de pánico cuando la máquina ascendió a las cumbres y rodaron al margen del profundo barranco llamado Simkus Crape.

Viajaban a unos veinte kilómetros por hora y Raft se esforzaba en dirigir la máquina por el camino más adecuado, a pesar de lo cual de vez en cuando la rueda trasera resbalaba y la motocicleta se iba de zaga peligrosamente.

Al cabo, se detuvieron en las alturas para echar una ojeada. Raft dirigía el faro de la motocicleta en todas direcciones, buscando a la señora Larkin. Pero nada encontraron hasta que, de nuevo en marcha, comenzaron a descender hacia Shanon Galls.

Se aproximaban al furioso torrente que Bates conocía bien, cuando vieron el cuerpo de la señora Larkin, a punto de ser arrastrado al vacío. Sus largos cabellos negros se habían enganchado en un matorral y ello había impedido que su cuerpo, empapado de fría agua, se precipitase al

abismo.

Con el motor en marcha para disponer de luz abundante, el policía y el médico abandonaron la máquina y corrieron hacia las márgenes del torrente.

Un momento después, conseguían desenganchar la espesa cabellera de Finola Larkin del matorral espinoso y la dejaban entre ambos en lugar seguro.

Inclinado sobre el cuerpo de la mujer, al doctor Bates descubrió que Finola Larkin estaba muerta.

—¿Ahogada? —preguntó Raft, hondamente impresionado.

—Lo dudo. A juzgar por su expresión, *yo diría que ha muerto de miedo* —respondió el médico con voz ronca.

★ ★ ★

Brigid se había quedado dormida después de que el doctor Bates le inyectase un tranquilizante.

No había sido fácil consolar a la desgraciada joven. Al ver llegar a los dos hombres con el cuerpo de su madre, muerta, en brazos, Brigid había estallado en gemidos desgarradores.

Por fortuna, la inyección había hecho su efecto rápidamente. Entre los dos hombres, llevaron a Brigid hasta el camastro situado más allá de una humilde cortina y la acostaron y abrigaron convenientemente.

Tampoco resultaba muy agradable para George Bates velar a Liam y Finola Larkin, cuyos dos cadáveres yacían en la cama arrimada al hogar.

En su fuero interno, George Bates se lamentaba de haber aceptado aquel destino en una ignorada aldea de la costa atlántica irlandesa.

Y por primera vez, se arrepentía de no haber elegido otra carrera.

Empapado de agua, yerto de frío, hambriento... ¿valía la pena haber sacrificado doce años de su vida para llegar a la situación actual?

Tal vez, el bonachón sargento Raft debió adivinar sus sombríos pensamientos, porque se inclinó sobre él y palmeó, campechano, la espalda del joven doctor.

—Vamos, doctor Bates: todo se arreglará. Por ahora, no podemos hacer otra cosa que esperar a que llegue el nuevo día, pues sería una temeridad emprender el regreso en medio de la tempestad y cargado con los cadáveres de los Larkin. Por lo demás, hemos de ocuparnos también de esa pobre muchacha. Vaya, preparemos un poco de café, ya que no disponemos de un poco de licor —dijo. Y añadió—: No hay que preocuparse.

Y animosamente, buscó un cacharro limpio en la cocina anexa y

puso agua a calentar sobre el fuego de turba.

La serena actitud del policía influyó positivamente sobre el sombrío ánimo del médico, que se sintió mucho mejor cuando comenzó a sorber el ardiente tazón de café.

Al cabo, el médico alzó la mirada y la posó en el rostro ancho y rubicundo del excelente sargento Dolan Raft.

—Dígame, sargento: ¿está casado? —preguntó.

A Raft se le animó la expresión.

—Por supuesto que sí, doctor. Tengo una magnífica esposa, Margie, que me ha dado dos guapas hijas y un robusto muchacho. Las chicas se llaman Mary y Beatriz y el niño, Jack. Son tres muchachos saludables y cariñosos —respondió. Sonrió y añadió—. Verdaderamente, estoy orgulloso de mi familia.

—Su esposa... ¿no se alarmará por su tardanza?

—Margie es una gran mujer. Estará preocupada, ciertamente, pero ya le advertí que me esperaban muchas horas de camino y que, con toda probabilidad, no podría volver hasta el día siguiente. Créeme, doctor: Margie no pierde la calma por cualquier minucia.

George asintió, pensativo.

Estaba considerando la razón de que él mismo no se hubiera casado aún. Dolan Raft y él debían ser de la misma edad, aproximadamente. Bueno, quizá Raft le llevase dos o tres años, pero lo cierto era que el policía tenía una esposa y tres hijos y el doctor Bates permanecía soltero y solitario.

Raft no paraba de hablar acerca de su esposa, tan cariñosa, hogareña y excelente ama de casa. Y de sus hijos, tan amables y listos los tres, que llenaban con sus risas y bromas el modesto hogar de los Raft en Bargerons Inns.

¿Por qué sentía envidia el doctor Bates? ¿No había elegido él mismo la soledad para poder entregarse libremente a su profesión?

—Es triste la situación en que va a quedar esa muchacha...

—¿Cómo? —preguntó George, distraído.

—Me refiero a Brigid Larkin —explicó el policía—. Repentinamente, ha quedado huérfana en una sola noche.

George asintió vivamente interesado.

—Es cierto, no había pensado en ello. Naturalmente, la chica no podrá permanecer en este solitario y peligroso lugar, sola... ¿Cómo se las arreglará? Al parecer, los Larkin poseían algunas cabras, pero la principal fuente de su sustento era la pesca, de lo que se ocupaba Liam. Pero ahora...

Raft le miraba fijamente.

—¿Por qué no se la lleva consigo, doctor? —planteó directamente.

—¿Yo, llevarme a Brigid? ¡Vamos, sargento! ¿Qué podría hacer yo con una niña de diecisiete años? —exclamó George, anormalmente irritado.

El policía tardó en responder. Bebió un ruidoso sorbo de café, exhaló el aromático vapor con deleite y dijo:

—Alguien tendrá que hacerse cargo de Brigid, es evidente, pues resultaría demasiado peligroso para ella seguir viviendo en un lugar como este. Ciertamente, usted es demasiado joven para adoptar a Brigid, pero podía ofrecerle un empleo...

—¿Un empleo? ¿De qué, cómo...? —la irritación del médico subía de punto—. Mis ingresos apenas cubren mis gastos personales y de no ser porque mis padre me legaron unos miles de libras esterlinas, me hubiera visto obligado a regresar a Inglaterra —razonó. Y añadió, malhumorado—: Pero eso no es todo... ¿qué pensaría la gente de un hombre de treinta y dos años que mantiene a una chica de diecisiete, viviendo bajo el mismo techo? Usted es irlandés, Dolan: sabe que las murmuraciones me obligarían a abandonar Shanon Galls.

Raft se rascó con deleite los rojizos y aplastados cabellos.

—Eso tiene una solución —dijo—. Cátese con Brigid.

Bates botó materialmente sobre su silla.

—¡Está loco, amigo mío! ¿No se ha parado a pensar que casi le doblo la edad a esa chica? —exclamó, violento—. Además... yo no la amo y ella tampoco me ama a mí. Sería una verdadera locura. ¿Cómo se le ha ocurrido una cosa semejante?

—Discúlpeme —pronunció el policía—, pero yo no pienso lo mismo. He visto la ternura en sus ojos cuando arrojaba a Brigid. Eso puede no ser amor, pero está muy cerca de serlo. En cuanto a ella, la he visto pendiente de usted constantemente...

—Eso puede justificarse razonablemente, si tenemos en cuenta que la Pobrecilla ha sufrido un rudo golpe por partida doble. O mejor, triple, pues según ella, su tío, Jeff Larkin, se despeñó con el caballo cuando se dirigía a Shanon Galls para avisarme. En tales circunstancias, no es difícil explicarse que Brigid busque un punto donde sustentarse. Desde luego, yo no soy la persona más apropiada —gruñó Bates.

E hizo un expresivo gesto con ambas manos, con el cual daba por zanjada la cuestión.

Raft no se atrevió a insistir, pero sonrió enigmáticamente.

Y así, charlando y bebiendo café, transcurrieron lentamente las horas de aquella triste e inhóspita noche.

De todas formas, el sargento sonreía cada vez que Bates se ponía en pie e iba a echar una ojeada a la muchacha, la cual, por fortuna, había

caído en un sueño profundo, relajado y reparador.

Con las primeras luces del amanecer, el sargento atizó el fuego y arrojó suficiente cantidad de combustible para mantenerlo encendido y disponer de agua caliente en una gran marmita.

Luego, los dos hombres se enfundaron en sus impermeables y se dispusieron a salir.

—Será mejor dejarla dormir —propuso el médico—. ¿Para qué procurarle nuevos sinsabores, si logramos encontrar el cadáver de Jeff Larkin?

Raft estuvo de acuerdo. Así, pues, tras echar una nueva ojeada a la muchacha, salieron de la casa y cerraron la puerta.

La mañana era gris, húmeda y triste.

La lluvia había cesado, pero la bruma espesa se apoderaba de los escarpados. Como era imposible avanzar hacia el barranco de Simkus Crape en coche o en la motocicleta, por lo accidentado del terreno, se vieron obligados a emprender la descubierta a pie.

Contornearon el torrente de espumeantes aguas que corría detrás de la casa de piedra de los Larkin y comenzaron la ascensión a lo largo del fondo de la estrecha garganta.

Una hora después encontraron lo que buscaban.

—¡Allí debe estar! —avisó el sargento—. Veo el cadáver del caballo.

El lugar estaba erizado de lajas de piedra tan cortantes como cuchillos. Dieron un gran rodeo a lo largo de una vereda y llegaron al lugar minutos después.

Lo primero que les llamó poderosamente la atención, hasta el extremo de sorprenderles vivamente, fue el hecho de encontrar el cadáver de Jeff Larkin absolutamente desnudo.

Los dos hombres cambiaron una mirada de desconcierto y luego se separaron del cadáver de Larkin y examinaron el del caballo.

Un cuchillo de excelente filo había rasgado la piel del anca izquierda del animal y arrancado grandes pedazos de carne del cuarto trasero.

—¡Diablos! —rezongó Raft—. ¿Quién pudo hacer esto?

Bruscamente, el doctor Bates dio media vuelta y corrió hacia el cadáver de Jeff Larkin, que examinó detenidamente.

Cuando se alzó del suelo, las facciones de George Bates estaban desencajadas.

—El mismo que asesinó a Jeff —dijo. E hizo un gesto perentorio hacia Raft—. Acérquese y vea esto.

El sargento obedeció. Inclínados ambos sobre el cuerpo de Larkin, contemplaron los dos agujeros de bala en el cuello y el rostro del muerto.

—Brigid se equivocó. Su tío no se despeñó accidentalmente, sino que fue asesinado. Probablemente, al recibir dos balazos mortales, Jeff tiró instintivamente de las riendas, el caballo se encabritó y se arrancó una herradura. Aunque es posible también que el asesino de Larkin balease igualmente al animal.

Raft se puso en pie con un resoplido.

—Pero ¿quién...? —gruñó, confuso.

—Oliver Booke, el fugado de la penitenciaría de Ruark —respondió el doctor Bates.

—Quizá tenga razón. Y en ese caso...

—¡Volvamos enseguida a Royd Tarraff! —gritó Bates, demudado—. Brigid puede estar en estos momentos a la merced de un asesino.

Capítulo 4

G

GEORGE abrió la puerta de una patada y se precipitó en la casa de piedra como una tromba.

Un profundo suspiro de alivio brotó de sus labios al descubrir a Brigid, que se removía en el lecho y murmuraba, asustada:

—¿Qué... qué ha sido ese estrépito?

En ese momento, llegó Dolan Raft, presuroso y jadeante, que empuñaba el arma de reglamento.

—¡Puf, puf! —resopló, sudoroso—. Veo que todo marcha bien.

—Pero... ¿qué, qué...? —preguntaba la muchacha, pálida y demacrada.

—Nada —respondió Bates, aflojando los músculos—. El sargento y yo fuimos a explorar el fondo del barranco, el lugar donde se despeñó tu tío. Eso es todo.

De repente, la joven prorrumpió en un sollozo. Los tristes recuerdos volvían con la luz del día, la amarga realidad desplazada unas horas por el sueño, tornaba a atormentarla.

—¡Papá, mamá... pobres padres míos! —gimió.

Bates llegó junto al lecho y le tomó las manos, que acarició suavemente.

—Vamos, Brigid, tienes que ser animosa y fuerte. El sargento Raft nos preparará alguna bebida caliente. Después, él y yo llevaremos los cadáveres de tus padres al coche y saldremos de aquí. Es doloroso para ti, lo sé, pero es preciso que conserves el ánimo o enfermarás. Ahora... Bien, será mejor que te vistas. Ponte ropa de abrigo, no lo olvides.

Corrió la cortina y se reunió con Dolan, que estaba preparando café.

Tomaron los tres tazones calientes del negro y ardiente brebaje, y luego los dos hombres envolvieron en mantas los cuerpos del matrimonio Larkin, que fueron depositados con el mayor cuidado sobre el asiento posterior del viejo «Talbot».

Cuando Brigid estuvo dispuesta, Bates la llevó al coche y la sentó en el asiento delantero, tras lo cual pidió a Dios que el motor arrancase con la manivela.

Cuando escuchó al zumbido del motor, regresó apresuradamente junto a Raft, que había arrancado ya su motocicleta y cambió algunas palabras con él.

—Será mejor que me siga, Dolan, por si mi coche sufre alguna avería. Imagino que los cadáveres de los Larkin deberán ser llevados a Bargerons Inns...

—En efecto. Aunque imagino que el doctor O'Rourke le pedirá que le eche una mano en las autopsias... Yo me encargo de volver a Simkus Crape y recoger el cadáver de Jeff Larkin. Llévase a la chica, de momento, y váyase a descansar. Se lo ha merecido —respondió el sargento Raft.

George volvió al coche, maniobró para dar la vuelta e inició lentamente la escalada de los escarpados.

Al alcanzar las alturas de Simkus Crape, la muchacha miró instintivamente hacia el abismo. Jeff Larkin se había despeñado precisamente en aquel punto.

—Dime una cosa, Brigid. ¿Cuál era la ropa que llevaba tu tío Jeff cuando abandonó Royd Tarraff? —preguntó el médico.

La chica giró la cabeza y le miró, extrañada.

—Pantalones azules, de lana, un chaquetón de ante, marrón, y un impermeable gris. Calzaba botas de goma —respondió.

Al ver que el médico permanecía silencioso, preguntó:

—¿Por qué? ¿Por qué le interesa saber cómo vestía mi tío Jeff?

—Simplemente, para estar seguro de que era su cadáver el que Raft y yo descubrimos en el fondo del barranco —mintió.

Los bellísimos ojos negros de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Dios mío...! —murmuró, consternada. Y Bates advirtió que sus delgados hombros se estremecían en un escalofrío violento.

George permanecía atento al volante, al embrague, al cambio de marchas. Y sobre todo a los frenos.

Pero la concentrada atención no era obstáculo para que sus pensamientos siguiesen un curso independiente.

Parecía demostrado que el asesino fugado de Ruark había atacado a Jeff Larkin, cuando este se dirigía a Shanon Galls, para avisar al doctor Bates.

Oliver Boone había cometido un nuevo asesinato. Pero ¿con qué objeto? ¿Por el simple placer de matar?

George no era de esta opinión. Boone había disparado contra Jeff para apoderarse de su caballo, de sus ropas y de cualquier cosa de valor que Larkin pudiese llevar consigo.

Pero las cosas no habían sucedido según el asesino las planeaba. Porque el caballo y su jinete se habían despeñado, obligando al criminal a descender a la profunda cortadura de Simkus Crape, para desvalijar a Jeff Larkin y avituallarse con la carne del viejo caballo.

Descender al fondo del barranco, sin retroceder seis kilómetros, era

muy dificultoso. Conseguir descolgarse a lo largo de los erizados peñascos debía haberle llevado varias horas al fugitivo de Ruark.

—Y eso fue precisamente lo que salvó la vida a esta pobre muchacha —se dijo George, aterrado—. Si Booke hubiera estado en el camino cuando, al anochecer, Brigid escaló los escarpados, ese criminal no hubiera dudado en asaltarla, violarla y, probablemente, asesinarla.

Las carnes se le abrían contemplando la posibilidad de que el fugitivo se hubiera encontrado en las alturas con Brigid Larkin.

—No permitiré que vuelva a Royd Tarraff —decidió, apretadas las mandíbulas en un rictus de coraje.

Miró a través del espejo retrovisor para ver si el sargento Raft les seguía de cerca.

Y entonces, entre las siluetas de los cadáveres en mantas del matrimonio Larkin, vio a aquel hombre en lo alto del promontorio.

Un individuo que vestía pantalones azules y se cubría de la llovizna con un impermeable gris.

Aunque la distancia sería no inferior a los ciento cincuenta metros, George Bates distinguió perfectamente la mancha grisácea del impermeable y también el tono vistoso de los pantalones azules de lana.

El frenazo estuvo a punto de provocar un accidente gravísimo, porque el automóvil tomaba una cerrada curva a la izquierda al margen del abismo. El automóvil resbaló sobre el piso pedregoso y los neumáticos de la derecha se aproximaron peligrosamente al vacío. Por fortuna, Bates advirtió al riesgo y metió la primera velocidad, al tiempo que aceleraba.

Por fin, el coche se apartó del precipicio y se detuvo en lugar seguro.

La motocicleta del sargento Raft se paró a unos metros de distancia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el policía, alarmado, cuando el médico bajó del coche y corrió hacia él.

—¡Allí! —susurró Bates, para que Brigid no pudiera oírle—. He visto a través del espejo retrovisor a un tipo que llevaba las ropas de Jeff Larkin.

Sin bajar de la «moto», Raft se volvió hacia atrás.

El hombre continuaba en el mismo lugar y su silueta se recortaba en el risco sobre el fondo blanquecino de las nubes que ascendían del mar hacia los escarpados.

—¿Lo ve? —exclamó George, excitado—. ¡Mírelo bien! ¡Ese individuo tiene un rifle! ¡Y se dispone a usarlo!

Bates dio un brusco empujón al policía y lo derribó sobre la trocha. E inmediatamente se dejó caer en tierra.

Un segundo después, una bala se estrelló contra las rocas,

justamente en el lugar que un momento antes había ocupado Dolan Raft.

—Si no me hubiera dado ese empujón... —murmuró el policía, palideciendo.

Aguardaron, inmóviles.

Tres nuevos balazos arrancaron esquirlas pétreas de los escarpados y se alejaron maullando como gatos rabiosos.

Al cabo, Raft se incorporó, a cubierto, con su pistola en la mano.

Los disparos restallaron sonoramente en la cumbre rocosa. Lentamente, George Bates se alzó y se arriesgó a mirar por encima del escarpado.

—¡Se ha marchado! —susurró Raft, decepcionado.

—Tanto mejor —respondió el doctor Bates—. Con esa pistola no tenía la menor posibilidad de competir contra Boone, que dispone de un arma larga. Aprovechemos la ocasión y escapemos. Déjeme la pistola. Le cubriré mientras usted pone la motocicleta en marcha. Y no espere. ¡Salga a toda marcha! El motor del «Talbot» está funcionando.

Vigiló con toda atención el promontorio hasta que Raft puso la motocicleta en marcha y se alejó, trocha adelante.

Entonces retrocedió encorvado, llegó hasta el coche y se introdujo en él.

Rodaban ya a buena velocidad en pos de Raft, cuando Brigid preguntó, estupefacta:

—Pero... ¿qué es lo que está ocurriendo, doctor Bates?

George la miró fugazmente y apretó los labios.

—No tengo tiempo de explicártelo ahora, Brigid. Podemos sentirnos muy satisfechos si logramos escapar de este peligroso lugar —respondió.

★ ★ ★

Por fortuna, la solución había surgido por sí misma, sin que el doctor Bates la buscara. La señora Kinkaid, la vecina que venía a hacer la limpieza de la casa un par de veces por semana, se había ofrecido a alojar en su casa a Brigid.

—Ella me ayudará en las faenas de casa y vendrá a hacerle la limpieza. No hay motivos para preocuparse, doctor. Brigid parece una chica muy bien dispuesta a llevar a cabo cualquiera tarea. Y, además, la pobrecilla...

Fuerzas de policía de Bargerons Inns habían dado una batida por la zona de. Royd Tarraff, con la misión de volver con el cuerpo de Oliver Boone, vivo o muerto.

No era fácil registrar cada grieta u oquedad de la anfractuosa zona de los escarpados, aunque a las batidas de los policías a pie, se vino a sumar la ayuda inapreciable de un helicóptero de los guardacostas.

Aquella noche, el doctor Bates estaba pendiente de la llamada telefónica prometida por el sargento Raft.

Y así, cuando se oyó el repiqueteo del teléfono, George se precipitó a su despacho.

—¿Qué novedades hay? —preguntó con cierta ansiedad el médico.

—¿Novedades? Ninguna, por desgracia. Treinta policías con perros han rastreado durante todo el día la zona de Royd Tarraff, sin el menor éxito. No logro explicármelo, pero lo cierto es que Boone no ha sido hallado. ¡Se diría que se lo ha tragado la tierra...!

—Y es posible que tenga razón. Quiero decir... ¿No existen numerosas cavernas a lo largo de la costa? Ese asesino puede haberse guarecido en una de ellas, aprovechándose de la subida de la marea. He visto una de esas amplias cuevas, de altísimo techo. Un hombre puede cobijarse en ellas durante la bajamar y permanecer perfectamente a salvo cuando suben las aguas. Los perros no podrían llegar jamás a una madriguera cuya entrada está sumergida bajo las aguas...

—¿Sabe que su hipótesis es muy interesante? Convenceré al capitán O’Nally para que registremos todas esas cuevas desde una lancha, durante la bajamar. Si Boone se encuentra allí, lo cazaremos.

—Háganlo. Y cuanto antes. Oliver Boone es un criminal sin escrúpulo. Podría acercarse a alguna de las aldeas de la costa, como Shanon Galls, y producir una verdadera matanza, puesto que está armado...

—Convenceré a O’Nally. Y otra cosa, doctor Bates: tenía razón al pensar que Finola Larkin murió de miedo. Según el doctor O’Rourke, eso fue, aproximadamente, lo que sucedió. Finola murió víctima de un colapso cardíaco. O’Rourke piensa que ese colapso se lo produjo una fuerte impresión. «Un susto», dijo él. Pero me pregunto...

—¿Qué?

—Me pregunto qué pudo asustarla hasta el extremo de causarle la muerte —respondió el sargento Raft.

—¿Quién puede saberlo? Yo puedo explicar una hipótesis: a señora Larkin, cuando huía, se encontró con Oliver Boone. Pero ella no vio a Boone, realmente, sino a su hermano, Jeff, al que sabía muerto...

—¿Cómo se explica eso? —quiso saber Raft.

—¿Ha olvidado que ese asesino robó las ropas de Jeff Larkin y se vistió con ellas? —se impacientó el doctor Bates—. Brigid había informado a su madre de que su tío se había estrellado contra el fondo de Simkus Crape. Si Boone salió de improviso ante ella, Finola imaginó

que se trataba de su hermano, que había resucitado o se le había aparecido como un alma en pena. Usted sabe que estas gentes de Shanon Galls creen en aparecidos, en fantasmas, en espíritus, todo eso... Creo que Finola Larkin muñó de la impresión que le causó la súbita aparición de quien le pareció su hermano, pues vestía igual que Jeff Larkin —explicó Bates, irritado.

El policía no respondió inmediatamente.

—Es una posibilidad —dijo, al cabo—. Pero Brigid no piensa lo mismo.

Los nudillos de los dedos de Bates que apretaban el auricular blanquearon como resultado de la brusca presión que hizo sobre el aparato.

—¿Cómo? ¿Brigid tiene alguna idea de cómo se produjo la muerte de su madre? —preguntó, colérico.

Raft le explicó que él y la chica habían conversado durante unos minutos, en Bargerón Inns, mientras el doctor Bates cambiaba impresiones con su colega, el doctor O'Rourke, médico forense de la comarca.

—Le pregunté si su madre padecía del corazón. Lo negó inmediatamente. Pero añadió: «Desde el lugar donde encontraron el cadáver de mi madre, se divisa perfectamente toda la rada de Comberry. Lo que pienso es que mamá vio el «Misfortune» desde aquellas alturas y la visión de la goleta fantasma le causó tal impresión, que le produjo la muerte». Eso fue lo que Brigid Larkin me dijo —relató el policía Raft.

—Pero, vamos, vamos, sargento, dejemos aparte las leyendas y las historias de aparecidos y demos credibilidad a lo razonable. Brigid está influida por esos relatos escalofriantes que hablan de asesinatos y de muertes misteriosas y, por otra parte, apenas es una niña. Pero usted es un policía y un hombre hecho y derecho. ¡No irá a decirme que cree a pie juntillas que esa goleta, la «Misfortune», sea un hecho real! —clamó el médico, descompuesto.

—Supongo que no ha escuchado la radio ni ha visto la televisión —se limitó a plantear el sargento Raft.

—¿Qué quiere decir?

—Me limito a los hechos. Anoche, una lancha guardacostas fue abordada por un viejo navío que navegaba a vela. Los hombres de la lancha estaban cubriendo la vigilancia costera a unas ocho millas de Comberry, cuando de repente una goleta se les echó encima y les hizo zozobrar. Milagrosamente, los seis tripulantes del guardacostas se salvaron a nado, pues no tuvieron tiempo de botar una lancha. Pero sí les dio tiempo a ver perfectamente la goleta, que llevaba encendidas las

viejas farolas de posición que se usaban antiguamente. Y también pudieron ver el rótulo con el nombre de la nave: «Misfortune».

Bates no hizo ningún comentario.

—Al parecer, la goleta apareció de improviso entre la bruma que flotaba sobre el mar, en la zona próxima a Comberry —siguió relatando el sargento Raft—. Poco antes de arrojar al mar, los oficiales encargados de la vigilancia costera, pudieron ver las siluetas de los tripulantes de la extraña embarcación. Les causó gran sorpresa comprobar que todos ellos vestían ropajes arcaicos, semejantes a los que utilizaban los marineros y oficiales de Marina hace algo más de siglo y medio.

Dolan Raft hizo una pausa para recuperar la respiración y prosiguió:

—Lo más destacable es que los seis hombres de la lancha guardacostas lograron llegar a tierra a pesar de que les separaban diez millas de la costa y de que las aguas del Océano estaban particularmente frías esa noche. Después de que fueran asistidos en el hospital de Northbridge, ninguno de ellos daba muestras de fatiga, enfriamiento o pulmonía.

Al fin, Bates explotó:

—¡Estarían hartos de *whisky* o de ron! ¡Borrachos perdidos!

—Nada de eso. Fueron sometidos a pruebas exhaustivas y se demostró que apenas habían ingerido pequeñas cantidades de alcohol, lo normal en un servicio en alta mar. Por lo demás, ninguno de esos hombres conocía la leyenda de los «Navegantes Fantasma del Clérigo McGrath», puesto que vinieron a prestar servicios a estas costas hace poco más de dos semanas y todos ellos procedían de la costa Este de la República de Irlanda. El relato que cada uno de ellos hizo de lo sucedido fue exactamente igual. Añadieron que cuando se lanzaron al agua, momentos antes de que la goleta «Misfortune» embistiera a la lancha guardacostas, la antigua embarcación llevaba todo el velamen desplegado. Tras el abordaje, la lancha quedó partida en dos y zozobró. La «Misfortune» se alejó silenciosamente entre la niebla y desapareció. Esto es lo que han declarado a la Prensa, la Radio y la Televisión. A la vista de ello, empiezo a pensar si Brigid no tendría razón al asegurar que la visión de la goleta acercándose a Comberry fue lo que impresionó tan fuertemente a Finola Larkin que llegó a producirle la muerte.

Bates jadeó.

—¡No es posible, no es posible! —exclamó, rabioso—. Todo eso forma parte de una leyenda que no tiene otro valor que el de los relatos mitológicos. ¿Sabe lo que pienso, en realidad, sargento Raft?

—No lo sé, doctor —respondió el policía, pacientemente.

—Pienso que alguien se está aprovechando de la leyenda de los «Navegantes Fantasma del Clérigo McGrath» para imponer el terror. Un terror que debe convenir mucho a sus intereses.

—¿Los contrabandistas, quizá? —quiso saber el sargento Raft.

—Sí, exactamente —respondió el médico.

Capítulo 5

L

A señora Kinkaid penetró muy excitada en el domicilio del doctor Bates, que se hallaba en su despacho realizando unas anotaciones clínicas en el fichero de sus pacientes.

—¿Qué ocurre, señora Kinkaid? —preguntó el médico, mirándola por encima de las gafas graduadas que utilizaba para leer.

—¡Se salió con la suya, se ha escapado! —exclamó, la mujer, sin poder disimular su nerviosismo.

—¿Brigid? —preguntó Bates, tenso.

—¿Quién, si no? Ayer, por la tarde, parecía preocupada. Me dijo que tenía que volver a Royd Tarraff para dar de comer a sus cabras. Naturalmente, le respondí que eso no era posible, con esta lluvia interminable. Pareció acatar con decisión, pero cuando fui a llevarle esta mañana el desayuno, vi que no estaba en su habitación. He estado buscándola como loca por toda la aldea, antes de convencerme de que Brigid ha debido llevar a cabo su propósito de volver a Royd Tarraff para alimentar sus cabras —explicó la buena mujer, retorciéndose las manos sin cesar.

Bates se mordió los labios.

—Está bien, no se preocupe. Voy a hacer una llamada telefónica y me pondré en camino hacia Royd Tarraff —dijo.

La señora Kinkaid se marchó, murmurando algo entre dientes y George Bates descolgó el teléfono y se comunicó con la comisaría de Bargerons Inns.

El policía de guardia le informó de que el sargento Raft no estaba en la ciudad.

—Creo que marchó a Comberry para registrar las cavernas del litoral. Como usted sabe, seguimos buscando activamente al fugado de la penitenciaría de Ruark, ese peligroso asesino llamado Oliver Booke. No obstante, si quiere dejar algún recado para mi jefe...

—Sí. Anote, por favor: Brigid Larkin ha desaparecido del domicilio de la señora Kinkaid y probablemente se dirige a Royd Tarraff, pues parecía obsesionada por la necesidad de dar de comer a sus cabras. Dígale a Raft que le llamaré más tarde, desde Shanon Galls, si no hay motivos de alarma. Voy a echar una ojeada a la cabaña de los Larkin —fue dictando el médico.

—Perfectamente, doctor. Informaré a mi jefe —prometió el policía de guardia.

Bates colgó con un ademán furioso.

Verdaderamente, le irritaba que aquella jovencita se condujese de forma tan poco conveniente.

¿Qué importaban las cabras, cuando un peligroso forajido andaba escondido precisamente por los vericuetos localizados entre Royd Tarraff y la cala de Comberry?

—¡Al diablo con las cabras! —gruñó, exasperado—. ¿Qué importan unos cuantos animales cuando está en juego la vida de una muchacha?

Se despojó apresuradamente de la bata profesional, se embutió en sus ropas deportivas de invierno y salió a la calle, donde le aguardaba el viejo «Talbot».

—Maldita memoria —gruñó—. No me he acordado de hacer cargar la batería. Y eso quiere decir que tendré que darle a la manivela.

Al fin consiguió poner el motor en marcha y abandonó Shanon Inns.

Conducía tan nervioso que el coche cabeceó peligrosamente al tomar la curva donde comenzaba el camino hacia los escarpados.

Y era que se sentía profundamente preocupado por la suerte que hubiera podido correr Brigid Larkin.

Según la señora Kinkaid, la buena mujer había perdido casi una hora en convencerse de que la muchacha había desaparecido.

Para Brigid, ágil y conocedora de las intrincadas trochas y veredas de aquellos parajes, una hora era tiempo suficiente para llegar a Royd Tarraff.

Y si Oliver Boone había sentido la tentación de pernoctar en la cabaña de los Larkin...

Este pensamiento desasosegó a Bates, pero se esforzó en dominar los nervios por temor a despeñarse.

Cuando consiguió dominar la marcha excesivamente rápida de su viejo automóvil, recordó de repente la proposición de Dolan Raft respecto a Brigid.

«Cátese con ella, esa sería una buena solución para evitar las habladurías...»

—¡Absurdo! —exclamó en voz alta—. Incluso admitiendo que Brigid es una muchacha preciosa y afectiva, incluso...

Raft había invocado que ella le miraba con buenos ojos. Pero ¿qué era esto sino el interés desesperado de una jovencita desvalida por encontrar a alguien que la cobijara y comprendiera?

Brigid era demasiado joven para sentir amor. Y mucho menos por un hombre tan adusto, brusco y solitario como el doctor Bates. O esto,

al menos, era lo que pensaba el médico en aquellos momentos.

En aquel momento, su desasosiego era tan intenso que hubiera dado cualquier cosa por saber que a Brigid no le había ocurrido nada desagradable.

Y, de pronto, pensó que él mismo podía tener un encuentro peligroso con el criminal fugitivo.

Desarmado, inerte, ¿qué defensa tendría contra un asesino sin escrúpulos, un hombre desesperado y, además, armado de un excelente rifle?

No quiso seguir pensando en ello. Se limitó a conducir con todo cuidado, atento a los accidentes del terreno, procurando mantener apartado el vehículo de los espantosos precipicios que se abrían en los márgenes de la trocha, ya a izquierda, ya a derecha.

Por fortuna, aunque seguía lloviendo, se trataba de una llovizna fina que caía mansamente y permitía distinguir los relieves de los escarpados y el camino... cuando este era recto.

El coche descendió de los escarpados, contorneó el profundo barranco de Simkus Crape y rodó más aprisa hacia la casa de los Larkin, tristemente abandonaba bajo la lluvia.

Lo primero que advirtió antes de detener el coche fue que de la chimenea no brotaba humo.

—Brigid no ha venido —pensó.

Pues sabía que lo primero que hubiera hecho la muchacha sería echar un badil de turba al hogar para encender el fuego y calentar la casa.

¿Dónde estaba entonces...?

Cogió la llave inglesa que llevaba siempre bajo el asiento y bajó del automóvil, esforzándose en evitar el menor rumor.

Caminó a paso de lobo hacia la casa.

A diez pasos, advirtió que la puerta estaba abierta. La única ventana, excesivamente angosta, era demasiado alta para poder avizorar a través de ella.

Luego, cuando se acercaba a la puerta, resonó un crujido en el interior.

Aguardó en vilo, pero no volvió a producirse ningún rumor. Y al cabo, perdida la paciencia, se decidió a entrar.

El corazón pareció paralizársele al descubrir la sangre, todavía fresca, que manchaba el pavimento.

Tragó saliva.

Luego avanzó despacio hacia el lecho de Brigid, aquella cama en la que ella había dormido, noches atrás, con un sueño profundo que él mismo había velado durante tantas horas.

De alguna parte llegó un balido estremecedor. Era como si una de las cabras de los Larkin acabase de ser degollada.

Como no conocía la distribución de la cabaña, ignoraba dónde estaría la puerta que debía comunicar con un establo y un corral.

Se proponía averiguarlo, cuando se oyó un chirrido estridente y un soplo de aire húmedo con acre olor a establo penetró en la estancia.

Y entonces lo vio.

Arrastraba un cabrito recién degollado, llevaba una rústica mochila a la espalda fabricada con tosca arpillera y empuñaba el rifle con la mano izquierda.

Tenía los pantalones azules manchados de sangre y entreabierta la chaqueta de ante.

Un gorro de lana cubría sus cabellos hirsutos y las botas de goma negra dejaban sobre el piso rojas huellas sangrientas.

Era él, no cabía duda. Se trataba de Oliver Boone, el fugado de la penitenciaría de Ruark.

El hombre que arrastraba su botín no le vio, pues el doctor Bates permanecía parcialmente oculto tras la humilde cortina que separaba el lecho de Brigid del resto de la estancia.

Pero George pudo ver fugazmente su rostro brutal, las espesas cejas, el brillo de los ojos homicidas, la sangre que manaba del cabrito degollado...

No era un hombre de gran estatura, aunque sí fornido y atlético.

Por un momento, George pensó que aquel individuo podía haber puesto sus manos sobre la pequeña Brigid, quizá incluso para mancillarla y asesinarla...

La ira le cegó.

Sin reflexionar, alzó la pesada llave inglesa y la arrojó con todas sus fuerzas contra Boone.

El rifle fue arrancado violentamente de la mano izquierda del fugitivo, que dejó escapar un gruñido de sorpresa y se volvió profiriendo un respingo.

Tuvo un segundo de vacilación. Por un momento, las miradas de los dos hombres se cruzaron.

Algo debió ver el asesino en la fiera expresión de George Bates que le obligó a reaccionar de aquella extraña manera.

De repente, soltó el cabrito degollado y se precipitó a la puerta, a través de la cual desapareció como un relámpago.

En una reacción instintiva, George le persiguió.

Saltó, pues, hacia la puerta y corrió a gran velocidad en pos del fugitivo, que brincaba ágilmente sobre los pedruscos, en dirección a los escarpados de Comberry.

Cuando el doctor Bates quiso reaccionar era demasiado tarde.

—¡Idiota de mí! —pensó—. ¡El rifle...!

Volvió a la carrera al interior de la cabaña y recogió el rifle que Boone había abandonado en su precipitada fuga.

Cuando salió nuevamente al exterior, Boone se encontraba a cien metros de distancia, allá en las alturas.

Elevó el rifle, apuntó y apretó el gatillo.

La retumbante detonación y el efecto del violento retroceso le sorprendieron. Fue a disparar otra vez, pero Boone había desaparecido al otro lado de las erizadas crestas.

Bates vaciló.

¿Debía perseguir al asesino o asegurarse de que Brigid no se encontraba en la cabaña...?

Le interesaba mucho más la muchacha que la dudosa captura de Oliver Boone, por lo que finalmente volvió a la cabaña y la registró de arriba a abajo.

Cruzó el establo y descubrió la piel de un cabrito y dos cabezas degolladas, por lo que dedujo que Boone había despellejado una de sus presas, que posiblemente había troceado y guardado en aquella rústica mochila que llevaba a la espalda. En cuanto al otro cabrito, habría decidido llevárselo entero, sin más.

En el corral, una pequeña piara de cabras y cabritos, le contemplaron con los dorados ojos aterrados.

Encima existía un pequeño granero lleno de heno, del que Bates arrojó varios haces a los animales. Después registró el depósito de turba e incluso miró debajo de las camas y dentro de los viejos armarios de puertas descolgadas y chirriantes.

Dejó escapar un suspiro de alivio prolongado tras el impaciente registro. Al cabo, enterró los despojos de los animales que Boone había sacrificado y cerró la puerta del establo.

Un momento después abandonaba la cabaña, satisfecho de que su encuentro con Boone se hubiera resuelto de forma tan extraña y satisfactoria.

—Sin armas, ese fugitivo estará perdido —pensó—. La policía no tardará en echarle el guante.

Si el doctor Bates hubiera sabido la verdad, probablemente se hubiera echado a temblar. Pues lo cierto era que Oliver Boone se dirigía en aquellos momentos precisamente al lugar en que se encontraba Brigid Larkin.

Pero Bates subió a su coche y decidió volver a Shanon Galls.

Conducía el «Talbot» a mitad de la cuesta que llevaba a las alturas superiores de Royd Tarraff, cuando el motor comenzó a fallar.

Así y todo, el vehículo avanzó aún más una veintena de metros antes de que se detuviese definitivamente.

Bajó, echó una inútil mirada al motor y... estalló en violentos improperios contra sí mismo cuando recordó que se había olvidado de repostar gasolina en Bargerons Inns, pues en Shanon Galls no había estación de servicio.

Sin cesar de renegar, recogió su impermeable y el rifle y echó a caminar cuesta arriba.

Una hora más tarde llegaba a la aldea, irritado y fatigado por la larga y dificultosa caminata.

Ante la taberna de Joe Randall, George vio una motocicleta que le recordó inmediatamente a un personaje muy conocido: el sargento Dolan Raft.

Avivó el paso y penetró en la taberna. Los numerosos clientes se le quedaron mirando fijamente al descubrir su elevada silueta con el rifle en la mano.

El sargento Raft estaba tomando una copita de aguardiente para sacudirse el frío del viaje en motocicleta, cuando se volvió bruscamente al advertir que se había hecho el silencio a su alrededor.

—¡Doctor Bates! —exclamó—. ¿Qué hace con ese rifle en la mano?

Bates no se lo explicó hasta después de aclararse la garganta con una jarra de cerveza fresca. No solía beber, por lo común, pero ese día lo necesitaba.

En pocas palabras, relató al policía su encuentro con Oliver Boone y la precipitada fuga de este después de perder el rifle, relato que fue escuchado con grandes muestras de admiración por todos los presentes, que apenas podían creer que un médico, desarmado, hubiera logrado poner en fuga a un facineroso tan peligroso como Oliver Boone.

—Y ahora, debo pedirle, sargento Raft, que dé la voz de alarma a todos los puestos y comisarías de la zona. Brigid Larkin ha desaparecido. Es preciso encontrarla cuanto antes —añadió George Bates.

A Dolan le relucieron los azules ojillos.

—Pero, ¡vaya! aún no hace diez minutos que acabo de dejar a la señorita Larkin en casa de la señora Kinkaid —exclamó el policía.

—¿Quiere explicármelo? —exigió el médico, impaciente.

—Desde luego. Solicitamos la colaboración de los guardacostas para registrar las cavernas, como usted tuvo la amabilidad de sugerirnos y... ¿sabe? Es usted un hombre muy perspicaz: también acertó en esta ocasión, pues en una de las cuevas encontramos señales inequívocas de haber sido ocupada recientemente. En un lugar elevado, hallamos colillas de cigarrillos, restos de comida e incluso dos vainas vacías de

munición para rifle. Es evidente que Booke se refugió allí, aunque probablemente aprovechó la bajamar para salir antes de que nosotros llegásemos. También encontramos unas huellas de pisadas en la arena, aunque el agua casi las había borrado.

—¡Pero Brigid...! —estalló Bates, impaciente.

—La encontré en el camino cuando me dirigía a establecer contacto con los guardacostas. Me dijo que iba a echarle de comer a su ganado, pero me pareció más prudente obligarla a subir a mi «moto» y llevarla conmigo. Y eso fue lo que hice. Ella estuvo conmigo, hasta que descubrimos el rastro de Booke. Varias cañoneras patrullarán la cala de Comberry, incluso por la noche, de modo que si Booke acude allí, probablemente le echarán el guante.

—Volviendo a lo de...

—¿Brigid? Bueno, se la he encomendado a la señora Kinkaid, que parecía dispuesta a atar a la muchacha para impedirle que vuelva a escapar. Personalmente, no me parece necesario que haya que recurrir a esos extremos —terminó Raft, risueño.

—No le pasó desapercibido el disimulado suspiro del doctor Bates.

—Vaya a verla —recomendó el policía con un guiño de complicidad—. Seguro que también ella está deseando recibir su visita.

Bates le dirigió una terrible mirada colérica, al tiempo que dejaba un billete al alcance de las ávidas manos de Joe Randall. Y seguidamente se dirigió a la puerta con paso vivo.

Sin embargo se detuvo antes de llegar allí, volvió sobre sus pasos y entregó el rifle al sargento Raft.

Finalmente, una leve sonrisa se insinuó en su semblante.

—Gracias por todo, Dolan —susurró. Y se marchó.

Capítulo 6

B

RIGID! —llamó el hombre.

La muchacha se volvió rápidamente, le vio y corrió hacia él.

—¡George! —exclamó alegremente. Y rectificó enseguida—. Quiero decir, doctor Bates.

George apretó las frías manos entre las suyas.

—¡Chiquilla...! Me has hecho padecer lo indecible durante unas cuantas horas. Temí que...

Calló, pues la voz se estranguló en su garganta. Y percibió que Brigid temblaba a su contacto.

«Pero... ¿qué es lo que me está ocurriendo?», se preguntó George. «¡Estoy ansioso por abrazarla...!».

No lo hizo, sin embargo. Se limitó a acariciar sus cabellos. Tras lo cual se separó un poco y puso mala cara.

—Brigid, has hecho muy mal. No debiste escapar. Fue algo imperdonable —dijo, con su habitual gesto hosco.

—Lo siento, doctor Bates. Pero no soy una niña. No puedo permanecer encerrada. La señora Kinkaid es muy buena y cariñosa, pero yo sabía que mi deber era dar de comer a las cabras. Por eso fui.

«Milagrosamente, Raft impidió que te encontrases con Booke», pensó Bates. Pero no dijo una palabra relacionada con su visita a Royd Tarraff.

—Yo me ocuparé de que alguien alimente a las cabras —pronunció en voz alta, aunque pensativo—. Y vendrás a vivir conmigo.

Las finas facciones de Brigid Larkin se animaron.

—¿Con usted, doctor Bates?

—Sí, aunque... pediré a la señora Kinkaid o a una de sus hijas que duerma en tu misma habitación. Bueno, ya sabes, la gente comenta... Las habladurías, ¡todo eso! —exclamó, impaciente y un tanto confuso.

—Como usted diga, Georg... Es decir, doctor Bates —respondió la jovencita, mirándole fijamente.

★ ★ ★

Los acontecimientos se precipitaron en Shanon Galls inesperadamente.

El doctor Bates dormía tranquilamente en su domicilio, cuando alguien golpeó rudamente la puerta de la calle.

—¡Por favor, doctor Bates! ¡Venga, se lo suplico! —resonaron las voces.

El médico se enfundó en sus pantalones, calzó con cierta dificultad sus botas de montar y finalmente abandonó su dormitorio y caminó hacia el vestíbulo de su casa.

—¿Quién va? —preguntó, siguiendo la costumbre.

—¡Soy Merry Angeley, esposa de Tane! —escuchó el médico—. ¡Por lo que más quiera, auxílieme...!

Quitó la tranca y tiró de la puerta.

Una mujer de unos cincuenta años penetró como una tromba en el zaguán. La toquilla que llevaba sobre los hombros chorreaba gruesos goterones sobre el parquet.

George cerró la puerta de golpe y miró a la mujer, que temblaba como una hoja movida por el huracán.

—Tranquilícese —rogó—. ¿Qué le trae por aquí?

—¡Mi esposo, Tane Angeley, está muriéndose! —gimió la sobre mujer.

Como la casa de los Angeley estaba a un paso, el doctor Bates se echó el impermeable sobre los hombros, llamó a sus perros —que dormían cerca del hogar— y dijo a la señora Angeley:

—Vamos allá.

«Wana» y «Roger» brincaron a la calle y les siguieron a la carrera, persiguiéndose mutuamente.

Por el camino, Bates escuchó las explicaciones de la citada mujer: Tane, su esposo, trabajaba en Northbridge, la cercana ciudad costera. Tane era dueño y patrón de un remolcador y aquella misma tarde había salido del puerto a bordo del «Strongboat» con el objetivo de remolcar un carguero con bandera de Panamá, el «Free América», que transportaba un cargamento de bananas hacia un puerto noruego.

El «Free América» tenía una consideraba vía de agua, como consecuencia de la colisión con otra nave a treinta millas de la costa irlandesa.

La señora Angeley no sabía cómo se había producido el abordaje. El remolcador había zozobrado y los cuatro tripulantes se habían puesto a salvo en una lancha «Zodiac» con motor fuera borda. Habían llegado hasta la cala de Comberry y allí habían sido auxiliados por los guardacostas, que los entregaron a dos hombres que trabajaban en la turba, los cuales habían traído a Tane Angeley hasta su domicilio en Shanon Galls.

—¡Y está muriéndose! —gimió la conturbada Mary-Angeley,

caminando torpemente sobre las losas del pavimento, en pos del doctor Bates, que la adelantaba constantemente con sus largas zancadas.

La casa de los Angeley era un edificio de piedra, recién remozado, de excelente aspecto y muy sólido.

Bates empujó la puerta de roble forrada con una placa de latón brillante y se encontró con los asustados rostros de Robin y Glenda, hijos de los Angeley.

Un momento después penetraba en el dormitorio de Tane y comprobaba que su esposa no había mentido: el viejo marino se estremecía en su lecho, con los grises cabellos desparramados sobre la almohada, el rostro pálido y desencajado y el cuerpo tan frío como el mismo hielo.

«Presenta los mismos síntomas de Liam Larkin», pensó el médico. Y dispuso rápidamente una inyección.

Pero Tane apenas reaccionó favorablemente. Su temperatura seguía descendiendo y estaba ya en los 33 grados.

Solo había hacer una cosa: trasladar urgentemente al enfermo al hospital de Northbridge, donde contaban con medios suficientemente avanzados para afrontar cualquier eventualidad de aquella índole.

Envió aviso a Josy Rimman con uno de los hijos de Angeley y Tane fue introducido en la ambulancia y trasladado urgentemente a Northbridge. Pero el vehículo no llegó a la ciudad: Tane Angeley murió a los pocos kilómetros del lugar donde había nacido: Shanon Galls.

George Bates hizo trasladar el cadáver a Bargerons Inns y pidió al doctor O'Rourke que practicara la autopsia al cadáver.

Los dos médicos estuvieron trabajando sobre el frío cuerpo de Tane Angeley hasta las cuatro de la mañana. Mike O'Rourke dio su veredicto:

—Colapso cardíaco por una fuerte impresión nerviosa. Ya sabe lo que significa eso, George: este hombre murió de forma muy parecida a Liam Larkin. E incluso se asemeja a la muerte de Finola Larkin. Los tres recibieron tan grande susto que les produjo la muerte. ¿Estás de acuerdo?

Tras una cierta indecisión, Bates asintió:

—Los exhaustivos análisis que hemos realizado esta noche sobre el cuerpo de Tane Angeley, así lo afirman. Sin embargo, me gustaría saber qué o quién pudo causarles tan fortísima impresión. Y, por favor, Mike, no me diga que fue esa fabulosa goleta llamada «Misfortune»...

—Veo que está al tanto de las leyendas locales —observó el forense.

—¿Y quién no? ¡Todos repiten la misma historia! El asesinato del capitán John O'Brien, del contramaestre Ruter, del clérigo McGrath...

Y luego, la maldición del reverendo Seamus McGrath, condenando a la muerte a todos los sucesores de los hombres que se amotinaron en el «Beatitude»...

Advirtiendo la exaltación del doctor Bates, el forense intentó tranquilizarle.

—Verá, George: yo también soy irlandés. He intentado luchar toda mi vida contra las supersticiones y las locas creencias en aparecidos, trasgos y fantasmas. Pero debo confesar que apenas he conseguido nada positivo. A veces pienso si estas tierras no están impregnadas de alguna extraña propiedad, capaz de convertir en realidad lo que a una mente sensata le parecería mera fantasía —explicó pacientemente—. Mi razón se niega a creer esas supercherías, pero luego compruebo datos o circunstancias que me hacen dudar.

—¿A usted también, doctor O'Rourke? —preguntó Bates, entre admirado y colérico.

O'Rourke se restregó los cansados ojos. Y asintió.

—A mí también, George. Me he molestado en consultar el registro de Navegación de Northbridge, que posee un excelente archivo. Pregunté si podían darme la lista de las personas que embarcaron en el «Beatitude» hace 160 años. ¿Sabe qué descubrí?

—Dígallo —pidió Bates, tenso.

—Comprobé que todas las personas que han muerto por causas desconocidas en la zona comprendida entre Bargerón Inns, Shanon Galls y la rada de Comberry, pertenecían a alguna de las familias de individuos que embarcaron en la goleta de Seamus McGrath. En el «Beatitude» embarcó un Larkin, un Shigow, un Angeley, un Booke...

—Bates irguió la cabeza bruscamente.

—¿Ha dicho un Booke? —quiso cerciorarse.

—Sí, exactamente Nathan Booke, de Birad Rocks. Y muchas otras personas. Fui anotando los nombres que me dictaron desde el archivo del Registro de Navegación. Aquí lo tiene. Las personas que componían la tripulación del «Beatitude» llegaban a cuarenta y ocho, incluidos el capitán y el reverendo McGrath...

Indeciso, Bates tomó la lista manuscrita que el doctor O'Rourke le entregaba. Y leyó algunos nombres por encima:

«Phileas Raft...

Theodore Randall...

Darren O'Hara...

Nathan Soames...

Joss Larkin...

Dan Shigow...

George se interrumpió bruscamente al leer aquel nombre: Noad Bates.

¿Era posible que un antepasado suyo hubiera formado parte de la tripulación del «Beatitude»?

¡Imposible! Debía tratarse de una simple coincidencia.

Sin embargo, la inquietud se apoderó de él. Trató de recordar si alguno de sus antepasados era irlandés, pero no consiguió más que aumentar su confusión mental.

Los nombres anotados en la lista con la enrevesada letra del doctor O'Rourke bailaban ante sus ojos como fantasmas surgidos del pasado.

«Phileas Raft». ¿No sería este algún antepasado del sargento Dolan Raft?

El doctor O'Rourke le sacó de su estado de profunda concentración.

—Vámonos ya, George. Es tarde —dijo. Y añadió, al ver que el doctor Bates dirigía frecuentes miradas a la lista manuscrita—: puedes quedarte con ese papel, si te interesa.

Subió, en pos del forense, la escalera que llevaba desde el sótano del edificio municipal a la superficie, sin dejar de dirigir frecuentes y furtivas miradas a la plegada hoja de papel que el doctor O'Rourke le había entregado.

—A lo largo de estos años, he llevado a cabo otras comprobaciones —seguía diciendo el viejo doctor—. Unas doscientas cincuenta personas de esta comarca, entre las que se contaban principalmente hombres adultos, fallecieron por causas ignoradas, que la ciencia médica no pudo establecer. Pues bien: los apellidos de esas personas fallecidas en extrañas circunstancias están en la lista que tienes entre tus dedos...

George soltó aquel papel, como si le quemara. Pero después consideró que su actitud era verdaderamente infantil, por lo que se agachó y recuperó la lista.

Como aquella misma tarde, Tob Shigow —un fornido mocetón de Shanon Galls— había remolcado el «Talbot» hasta la aldea, hallándolo con sus dos caballos, George Bates disponía ya de su coche, cuyo depósito de gasolina había sido llenado hasta los topes en la estación de servicio de Bargerón Inns.

—Suba, le llevaré a casa —ofreció amablemente al médico forense.

Diez minutos después emprendía el camino —diez kilómetros de distancia—, a Shanon Galls.

No llovía aquella noche. A pesar de lo cual, se vio obligado a conducir a cincuenta kilómetros por hora, aunque la carretera tenía un

firme liso y cuidado. Pero bancos de bruma, densa y grisácea, lamían la tierra a baja altura, dificultando la visión.

—Es curioso —pensó George, atento al trazado de la carretera—. Tob Shigow trajo mi coche desde Royd Tarraff a Shanon Galls. Y, si no me equivoco, el apellido Shigow consta en la lista que me acaba de entregar el doctor O'Rourke...

Esto le produjo una gran desazón. Pero mientras se aproximaba a Shanon Galls, estableció que la mayor parte de los apellidos de los tripulantes de la goleta «Beatitude» correspondían precisamente a los de los actuales habitantes de la aldea.

—Si esa leyenda tuviera algo cierto, habría que admitir que casi todos los habitantes de Shanon Galls se encuentran en peligro de muerte —razonó.

Por fortuna, George Bates no creía en fantasmas.

Solo que... su apellido también figuraba en la lista: Noad Bates.

—Llamaré mañana a Londres, consultaré el Registro Civil, sabré...

Pero ya no se sentía tan seguro de sí mismo y su incredulidad comenzaba a flaquear.

Por si ello fuera poco, cuando el «Talbot» escaló las alturas de Rosemerry Hills, las nieblas fueron aventadas por un fuerte soplo de viento, de modo que la rada de Comberry era claramente visible a la luz de la luna en cuarto creciente.

¡Allá abajo, en el mar, brillaba algo!

George hundió el pie en el pedal de freno, el coche produjo un fuerte rumor al resbalar los neumáticos sobre la húmeda gravilla y finalmente se detuvo al borde de la herbosa cuneta.

A través del cristal parabrisas, el doctor Bates avizó la cala de Comberry con expresión ansiosa.

En efecto, sus sentidos no le habían engañado... ¡Un resplandor fantasmal, mortecino, brillaba sobre las aguas, de las que aún se desprendían lentamente espesos jirones de niebla...!

Por desgracia, la distancia era excesiva y George no podía distinguir con claridad el objeto luminoso que avanzaba hacia el lugar escarpado que recibía el nombre de «Corsario Cave».

De pronto, recordó que aquella misma tarde se había gastado casi noventa libras en adquirir unos prismáticos de larga distancia en una de las tiendas especializadas de Bargeron Inns.

Buscó al tacto el aparato y sacó los prismáticos de su funda.

Al principio, la visión era borrosa, pero George graduó la distancia focal y obtuvo una imagen nítida, clarísima.

Vio a los hombres que se afanaban en arriar el velamen de la airosa goleta. E incluso sus labios yertos pronunciaron el nombre del buque,

anunciado en relieve sobre el escobén...

—¡«MIS-FOR-TU-NE...»!

Debía tratarse de contrabandistas. Una fuerte banda de contrabandistas que operaba impunemente en la costa al amparo de las tinieblas de la noche.

Los prismáticos recorrieron lentamente la cubierta, el puente, la bodega y la popa de la airosa y arcaica embarcación a vela.

Había muchos hombres moviéndose rápidamente de un extremo a otro de la goleta. ¡Y todos vestían antiguos ropajes, actualmente en desuso...!

—¡Fantasmones! —gruñó George, encolerizado.

Pero no vio que aquellos individuos disfrazados —según él— largaran ningún bote al agua ni descargasen unos cuantos fardos de contrabando.

No pudo ver mucho más, porque una masa algodonosa de niebla que brotaba del Atlántico llegó rápidamente a la cala de Comberry y veló toda visión de lo que, allá abajo, estaba sucediendo.

Excitado y ansioso, permaneció largo tiempo en las alturas de Rosemerry Hills, esperando que el impulso caprichoso de los vientos despejasen la bahía de Comberry y le permitieran seguir espiando a la goleta «Misfortune».

Pero el viento, lejos de soplar, se amainó por completo. Y la niebla espesa, lamió los escarpados, borró las luces de Shanon Galls y subieron hasta las colinas.

—Entonces, George, decepcionado, volvió a su coche —cuyo motor había mantenido en marcha por si acaso— y descendió hacia la aldea.

Capítulo 7

H

ABIA encargado la investigación a la firma «Barney», «Barney & Sons», de Londres, cuyo lema era «rapidez, servicio y honestidad». Y la verdad era que habían hecho honor a su lema. Pues a las siete de aquella tarde, el doctor Bates tenía la información que había solicitado telefónicamente a Londres.

—Sí, doctor Bates. Un individuo llamado Noad Bates, marinero de profesión, se embarcó repetidas veces en Londres, con diversos destinos. Después marchó a la comarca irlandesa de Bargerons Inns, donde contrajo matrimonio con una joven de treinta años llamada Bridie McGrave. Tuvieron tres hijos: Jonathan, Kevin y...

Bates interrumpió el informe. Por razón sustancial: Kevin Bates había sido su abuelo.

—Les envió un cheque por correo certificado —anunció, confuso—. Les ruego que me envíen el acuse de recibo.

—Así se hará, doctor Bates —le prometieron desde Londres.

Colgó el teléfono.

No se sentía verdaderamente asustado, sino atónito. Ahora sabía que uno de sus antepasados, su bisabuelo Noad Bates, había estado a bordo del «Beatitude».

—Lo cual me convierte en probable víctima de los «Navegantes de la Bruma» —pensó, con cierto sarcasmo.

Pero a las siete de la tarde vinieron a decirle que Tob Shigow acababa de agonizar. (Tob Shigow era el alegre mocetón que el día anterior había sacado su «Talbot» de los escarpados de Royd Tarraff. Su apellido figuraba en el «rol» de la tripulación de la goleta «Beatitud»)...

El médico se trasladó velozmente al domicilio de los Shigow. Tres viejas mujeres y otras dos más jóvenes velaban el cadáver de Tob, sobre cuyos ojos habían colocado, supersticiosamente, sendas monedas de cinco guineas.

El óbito de Tob impresionó mucho a Bates, que apenas consiguió averiguar nada de sus parientes: Tob había llegado al anochecer a casa (poco después de remolcar el coche del doctor), se había encerrado en su habitación y había pedido la presencia del reverendo John Milkins, el cual, por desgracia, se encontraba en Kentown, visitando a su vieja madre, por lo que el saludable y alegre Tob había muerto sin el auxilio

de los sacramentos de la Iglesia Católica...

Por tanto, George Bates no pudo hacer otra cosa que firmar un certificado de defunción, si bien anotó al dorso algunas recomendaciones para el doctor O'Rourke, exponiéndole sus dudas.

Cuando abandonó el hogar de los Shigow, George advirtió que las callejuelas de Shanon Galls —invadidas por una niebla espesa y oscura— estaban completamente desiertas.

En su camino hacia casa, tenía que pasar necesariamente por la ruidosa taberna de Joe Randall.

Por alguna extraña razón, George decidió entrar en la taberna y tomar un vaso de *whisky*.

Encontró a Joe Randall completamente borracho. La taberna estaba desierta, si se hacía excepción del tabernero y del doctor Bates, que pidió su *whisky* y esperó pacientemente a que Randall le atendiera.

La mitad del licor que el tabernero le sirvió, se derramó sobre el mostrador, tan intenso era el temblor de las manos de Joe.

—Pero, bueno, ¿quiere explicarme qué es lo que está ocurriendo en Shanon Galls? —exclamó el médico—. Todos parecen asustados.

Joe tomó su vaso de escocés con un temblor espasmódico y se lo llevó a los labios. Como una considerable cantidad de licor fue a empapar su pecho, Randall decidió beberse el vaso de un solo y rápido trago.

—Hay... hay motivos para que tengamos miedo, *doc*... doctor —farfulló torpemente—. Aldous Rush vino de Comberry al anochecer, adonde había ido con la esperanza de recoger unos cangrejos. Regresó aterrado, diciendo que los «Navegantes del Clérigo McGrath» habían desembarcado en la playa. Y ya sabe usted lo que significa eso: muerte.

George se estremeció, a su pesar.

—¡Vamos, Joe! —clamó, disgustado—. Todo eso son creencias pueriles, cuentos inventados alrededor de la lumbre de turba en las frías noches de invierno. Supersticiones, supercherías, historias para pasar el rato...

Joe se echó otro chorro de licor en el vaso y miró a Bates, cruzando los ojos en un bizqueo sospechoso.

—¿Eso cree usted? Entonces... me gustaría saber por qué han muerto Liam, Jeff y Finola Larkin, incluso ese pobre muchacho, Tob Shigow. ¡Y tantos otros! —murmuró con voz estrepitosa, tambaleándose, de bruces sobre el mostrador—. ¿Por qué está mi taberna desierta? ¿Por qué...? ¿Cree que todos somos unos miedosos?

Se echó al colete el trago de *whisky*, hipó fuertemente y trató de fijar su vista sobre el rostro del doctor Bates.

Luego dijo bruscamente:

—Váyase a casa y enciérrase con todos los cerrojos de que disponga doctor Bates. Y comience a rezar.

—¿Por qué? —inquirió George, estupefacto.

—Porque usted también está en la lista. Lo mismo que yo. Lo mismo que casi todos los pobladores de esta aldea. Y escúcheme bien: hasta ahora, los «Navegantes» jamás habían puesto pie en tierra desde que la «Beatitude» zarpó de la rada de Comberry, pero esta noche han desembarcado. Y este hecho, se lo juro, me hiel a corazón. Por eso... —hipó de nuevo—. Por eso he bebido hasta embrutecerme, contra mi costumbre. Mire, doctor... Soy demasiado viejo para huir, pero usted... usted haría bien en tomar su coche, montar en él a esa joven que tiene en casa, Brigid Larkin, y salir zumbando lejos de aquí. Tal vez se salvarían.

George se agitó, irritado.

—Deme otro *whisky* —exigió.

Pero el tabernero movió la cabeza negativamente.

—No. Váyase. Ellos están cerca. Lo sé. Voy a cerrar la puerta...

Rodeó el largo mostrador, pasó por el hueco de la izquierda y se dirigió a la salida para hacer lo que acababa de anunciar.

Pero en aquel momento sopló un viento fuerte y frío que helaba la sangre en las venas. Bates se estremeció de pies a cabeza: un chorro de bruma blanquecina penetraba en la taberna y lamía los muros y el pavimento con una lentitud exasperante.

En la puerta estaba Joe, luchando por cerrar la puerta del establecimiento.

Randall era un hombre muy fornido y musculoso, a pesar de lo cual la fuerza del viento helado que penetraba por la puerta le obligó a retroceder bruscamente.

Vacilante, George tomó su maletín, murmuró un apresurado «buenas noches» y logró escapar a la calle a través del chorro de bruma helada que inundaba la taberna.

A los pocos pasos se detuvo, estupefacto, aterrado...

—¡No es posible! —murmuró para sí—. El viento está en calma, no se mueve la más ligera brisa, el aire se ha detenido... ¡y, sin embargo, en la puerta de la taberna rugía el huracán!

Desorientado, pero dispuesto a investigar aquel raro fenómeno, George Bates volvió sobre sus pasos y se encaminó a la taberna.

Advirtió que el mortecino farol que alumbraba la fachada irradiaba ahora una luz potente y verdosa, capaz de perforar la densa niebla que lamía la base de los musgosos muros colindantes.

El extraño efecto nunca contemplado —las luces del alumbrado público en Shanon Galls jamás habían alcanzado tal potencia— frenó

sus pasos un tanto, pero George Bates se regía siempre por la fuerza de la razón y jamás se detenía a la hora de desvelar un enigma.

Un grito estridente le obligó a detenerse.

Se trataba de un alarido agónico, el estertor delirante de alguien que se encontraba en trance de morir.

Y George estaba seguro de que aquel estertor provenía de la taberna de Joe Randall, distante apenas quince metros.

Aunque se sentía cohibido y ciertamente asustado, observó que no brillaba ninguna luz a través de los cristales esmerilados de las dos anchas ventanas de la taberna.

Pero la puerta, de doble hoja, batía sonoramente a impulsos de un soplo infernal.

Entretanto, en la calle, la niebla se deslizaba a ras del pavimento lentamente, como si no se produjera el menor desplazamiento del aire.

El doctor Bates miraba alternativamente hacia la taberna de Randall y a los confines de las casas fronterizas, incapaz de dar crédito a lo que percibían sus sentidos.

—Debe ser el *whisky* —pensó—. No estoy habituado a los licores fuertes y el alcohol provoca en mi ánimo visiones que no existen.

De todas formas, se sentía con fuerzas para afrontar lo desconocido.

De modo que caminó aprisa hacia la taberna, dispuesto a averiguar qué había ocurrido allí.

Pero una elevada silueta se interpuso en su camino.

A contraluz del potente farol que se balanceaba sobre la entrada a la taberna, George distinguió la recia silueta vestida con largos ropajes eclesiásticos.

Le enfureció no poder escrutar el rostro de su interlocutor, que quedaba en la penumbra, pero le maravilló comprobar que de la elevada silueta se desprendía un aura azulada, irreal.

—¿Quién es usted? —bramó. Y ordenó—. ¡Apártese!

Aún no había terminado de pronunciar tales palabras, cuando vio surgir de la niebla otras figuras.

Cinco, seis, diez, quince...

Avanzaban lentamente y se detenían detrás de aquel que se había interpuesto en su camino.

Brotaban de todos los rincones. Del callejón de Lana Petrus, de la cuesta de Barrett, de la calle Cascade, de la callejuela empinada próxima a la taberna de Randall...

Y eran muchos, más de cuarenta, aunque el doctor Bates se sentía incapaz de contarlos.

Y al fin se habían detenido.

Hieráticos, inmóviles, como sombras de ultratumba, componían un

grupo compacto ante la entrada de la taberna, cuyas hojas de roble seguían batiendo con toda la potencia de los infiernos.

—¿Quién... quiénes sois? —acertó a murmurar el doctor Bates, estremecido de frío y de pánico.

La silueta que le había cortado el camino avanzó unos pasos.

George notó que el frío que exhalaba penetraba sus gruesas prendas de abrigo e incluso llegaba a perforar sus entrañas.

Y entonces sí. En aquel momento experimentó un temor animal, supersticioso, tan intenso que dejó sus pies clavados sobre el pavimento de lanchas.

—¿Quién... quiénes...? —insistió, sobreponiéndose el espanto.

La alta silueta detenida a pocos metros alzó un brazo.

—¿Para qué saber lo que puede helarte el corazón, George Bates? —resonó la poderosa voz entre los muros de piedra. Vete. Estás en la lista de los justos.

—Pero...

—¡Vete, aléjate! —insistió la autoritaria voz.

George retrocedió, tambaleante, tropezó con un muro, estuvo a punto de caer, pero se irguió con ímpetu y emprendió la carrera, cuesta abajo con toda la velocidad que pudo imprimir a sus largas piernas.

No se volvió ni una sola vez.

Llegado ante la puerta de su casa, sacó una llave del bolsillo, la introdujo con un movimiento tembloroso en la cerradura y le dio dos vueltas con toda urgencia, tras lo cual empujó la puerta, cerró de golpe y cruzó la tranca.

Estaba allí, apoyado en la recia hoja de roble, jadeante y asustado, cuando escuchó la voz de Moll, la hija mayor de la señora Kinkaid.

—¿Es usted, doctor Bates?

Se oyeron unos pasos, se encendió una luz. Moll apareció en el vestíbulo y le observó, con la más viva sorpresa pintada en sus facciones vulgares.

—Pero... ¿qué le ocurre, doctor? ¿Se siente enfermo? —clamó la mujer—. ¡Por San Patricio, está usted tan pálido! Cualquiera diría que acaba de ver un fantasma —Moll sonrió, picara—. ¿O acaso ha bebido un poco de más? No se preocupe, con este frío... Venga, venga conmigo. Le tengo preparada la comida en la cocina. Así. Venga, venga... Le daré un poco de jerez. ¡Dios mío, está helado, hombre de Dios!

Le llevaba asido por un brazo y le arrastraba vivamente pasillo adelante.

George se dejó llevar y luego se derrumbó sobre un sillón al amor de la lumbre.

—Sí, sí —insistía Moll, sin dejar de espiar su expresión—. Verdaderamente, se diría que ha visto un fantasma. Tenga el jerez. Beba, doctor.

Bebió. Y se sintió mejor.

Una sonrisa irónica apareció en su rostro helado.

Moll preguntaba si había visto un fantasma...

—Se equivoca esta mujer —pensó—. No he visto un fantasma, sino una verdadera legión de espíritus surgidos de la bruma...

Capítulo 8

D

ESPERTO más tarde de lo acostumbrado, pues el doctor Bates solía abandonar el lecho poco después de las ocho de la mañana.

Sin embargo, el despertador marcaba ya las once y diez.

Disgustado, se puso en pie de un brinco y si vistió apresuradamente.

Pensaba recriminar a Moll Kinkaid por haberle permitido dormir tanto, pero cuando penetró en la cocina y vio a Brigid y a Moll ocupadas en preparar el almuerzo, toda su irritación desapareció.

Brigid vestía un precioso delantal floreado que le daba un aspecto muy hogareño.

Su cabellera brillaba y despedía reflejos rojizos al resplandor de las llamas del hogar. Parecía una verdadera mujer y George se estremeció contemplándola.

—Ah, doctor —exclamó Moll, al verle aparecer—. He tomado varios recados telefónicos y otros que han traído diversas personas de Shanon Galls. Tiene las correspondientes anotaciones sobre la mesa de su despacho.

George se acarició el prominente mentón.

—¿Por qué no me despertó? —protestó, sin excesiva acritud—. Tengo demasiado trabajo en este tiempo como para abusar de la cama.

Moll dirigió una rápida mirada a Brigid.

—Ella me lo impidió —respondió la hija mayor de la señora Kinkaid—. Dijo: «Pobrecito, anoche regresó tan tarde...» ¡Ah, por cierto, el cartero trajo su maletín, doctor! Lo puse en el despacho. Supongo que debió extraviarlo anoche.

Bates dio media vuelta y se dirigió al despacho.

Por un momento, contempló, absorto, aquel maletín que tan familiar le era.

¿Cómo era posible que lo hubiera perdido?

Súbitamente, los recuerdos volvieron en un aluvión incontenible: la taberna vacía, la actitud desesperada de Joe Randall, las puertas batientes golpeando sobre su marco, la niebla, el grito agónico, la aparición de aquellas sombras misteriosas...

—De modo que no fue una pesadilla... —murmuró.

Y movió la cabeza con fuerza, como si con aquel gesto fuera capaz

de alejar los fantasmas.

Pero el maletín, extraviado la noche anterior, estaba allí como muda prueba de lo sucedido la noche anterior.

Consultó las anotaciones hechas en su agenda por Moll Kinkaid. Los familiares de Bob Flannagan advertían que este, de sesenta años, había fallecido misteriosamente la noche anterior, en su propio lecho.

También habían fallecido Kirk Lombard, Chuss Zane, Greg Morgan, Adam Mulhare, Jim Lansing y Joss Keene.

Según las manifestaciones de sus familiares, aquellas personas habían fallecido de muerte natural, en sus propios lechos, durante la madrugada anterior.

Al venir el día, sus parientes se los habían encontrado en la cama, fríos, muertos, sin que anteriormente dieran muestras de padecer dolencia alguna.

Si aquellas siete personas fallecidas la noche anterior hubieran sido personas de edad elevada, George Bates no se habría preocupado demasiado. Pero en la relación de aquellos siete hombres había individuos cuyas edades oscilaban desde los veintisiete años de Chuss Zane hasta los sesenta de Robert Flannagan. Y esto sí era verdaderamente preocupante.

Mientras pensaba en ello, George sintió una súbita premonición. Y así, buscó en sus bolsillos la lista manuscrita que le había entregado el doctor O'Rourke, correspondiente al rol de la tripulación de la goleta «Beatitude».

Pasmado de asombro comprobó que los apellidos de las personas fallecidas aquella noche: Keene, Zane, Flannagan, Lombard, Morgan, Mulhare, Lansing... todos ellos figuraban en la lista de embarque del «Beatitude».

Un sudor frío afloró a su frente.

Y una vez más murmuró:

—¡No es posible...!

Brigid le sorprendió media hora después, absorto, inmóvil como una estatua, contemplando sin expresión aquella lista compuesta por numerosos nombres.

—¡Doctor Bates!

Se volvió de un respingo y miró a la jovencita, que le traía una gran bandeja con jugosas y humeantes viandas.

—¿Se siente bien, doctor? ¿Puedo ayudarle de alguna forma? —preguntó Brigid, preocupada, al advertir la extraña expresión hierática del médico.

George forzó una sonrisa.

—Ya me estás ayudando —respondió, amable—. Deja esa bandeja

ahí. Gracias.

Ella dudó un momento, pero al no escuchar ninguna invitación para quedarse, dio media vuelta y abandonó el gabinete.

George comenzó a comer con movimientos mecánicos, todavía concentrado en sus pensamientos.

Y respingó al escuchar el zumbido del teléfono.

Lo tomó con un ademán rápido y escuchó:

—¿Residencia del doctor Bates?

—Ah, Dolan, seguro que es usted.

—¡Al fin! ¿Sabe que le he estado telefoneando toda la mañana? — exclamó el jefe de policía de Bargerons Inns.

Bates parpadeó, confuso.

Cierto que Moll le había mencionado aquellas llamadas telefónicas, aunque todavía no había tenido tiempo de consultar todas las notas de la agenda. Y ahora, mientras escuchaba la familiar voz chillona del sargento Raft, pasó rápidamente varias hojas y encontró la anotación: «llame urgentemente al sargento Raft, en Bargerons Inns».

—Y bien, Dolan... ¿qué es eso tan urgente que tiene que decirme? —pronunció el doctor Bates.

—Algo increíble: una patrulla encontró esta mañana el cadáver de Oliver Booke, el asesino fugado de la penitenciaría de Ruark. La verdad, doctor, estaba ansioso por darle la noticia. Sabía que esto le tranquilizaría.

George contestó tras una cierta pausa.

—Naturalmente que sí, Dolan, y se lo agradezco mucho —dijo—. Imagino que los guardacostas descubrieron a Booke, le dieron el alto y al resistir este, le abatieron a balazos...

—¡No, no, no fue así! —respondió Raft, muy excitado—. En realidad, las cosas ocurrieron de forma muy diferente.

—Explíquese, por favor —pidió Bates, confuso.

—Antes de nada, he de explicarle que la vigilancia costera no pudo observar nada anoche. Según el parte de las tres cañoneras que prestaban servicio en las proximidades de Comberry, un espeso banco de niebla, que procedía del Atlántico, les impidió acercarse a los acantilados. Dicen que el viento estaba en calma, a pesar de lo cual la mar estaba alterada a unas seis millas del litoral, lo que les impidió aproximarse a la costa hasta primeras horas de la madrugada...

A Bates se le atragantó el pedazo de jamón que masticaba en esos momentos.

—¿Cómo?

—Lo que acaba de oír. Pero eso no es extraño. Ya sabe que las corrientes submarinas agitan a veces el litoral, sin necesidad de que el

viento sople fuerte a ras de superficie —explicó Dolan Raft, pacientemente—. Lo cierto es que la vigilancia en las proximidades de Comberry fue nula durante toda la noche anterior. Pero esta mañana... Las patrullas de policía a pie, que seguían patrullando los escarpados, descubrieron a primeras horas de la mañana un cadáver enganchado en las aguzadas crestas del promontorio. Le identificaron inmediatamente: era Oliver Boone —continuó el sargento—. Llevaba la ropa que había robado a Jeff Larkin y una mochila llena de carne ahumada a la espalda. Lo trajeron inmediatamente a Bargerons Inns. Y, pásmele usted, doctor: no tenía ninguna herida ni otra señal que indicara que había muerto violentamente. Al principio, los de la patrulla, imaginaron que se había despeñado, pero lo cierto es que no ocurrió nada de eso.

—¿Cuál fue la causa de la muerte, entonces?

—Su rostro, con barba de muchos días, tenía una expresión de espanto que impresionaba. El doctor O'Rourke acaba de practicarle la autopsia. Dice que Boone murió de miedo. Y, verdaderamente, no me extraña...

—¿No le extraña? ¿Por qué? —preguntó Bates, impaciente.

Raft dejó escapar un silbido entre dientes.

—¿No lo imagina? Boone, B-o-o-k-e —deletreó—. Ese apellido corresponde a uno de los tripulantes de la goleta «Beatitude»... ¿Comprende ahora?

El doctor Bates no pudo pronunciar una sola palabra.

A mediodía fue descubierto el cadáver de Joe Randall. La puerta de la taberna se había encajado a impulsos del viento y ello había impedido que los asustados habitantes de Shanon Galls le descubrieran antes.

Avisado por uno de los hombres que acababan de hacer el descubrimiento, el doctor Bates se trasladó inmediatamente a la taberna.

Randall se hallaba tendido tras la puerta, encogido sobre sí mismo como si hubiera intentado protegerse de un terrible golpe.

Su rostro se hallaba desencajado por una intensa expresión de pánico.

Como el cadáver se había enfriado, resultó imposible estirar sus miembros, por lo que el cadáver hubo de ser trasladado a la ambulancia de Joey Rimman en la misma postura fetal que fuera hallado.

George Bates volvió a Bargerons Inns a las tres y media de la tarde,

tras haber auxiliado al doctor O'Rourke a practicar autopsias a los ocho individuos que habían fallecido inexplicablemente la noche anterior.

Alarmados, ambos médicos habían llegado a la misma conclusión en los ocho casos.

—Muerte por colapso cardíaco, provocado por una fortísima impresión psíquica.

Mientras conducía despacio hacia Shanon Galls, George caviló si no sería prudente llevar a la práctica el consejo póstumo de Joe Randall. Es decir, tomar a Brigid Larkin, meterla en el coche y alejarse raudamente de la aldea para ponerse a salvo.

Probablemente lo hubiera hecho, de no descubrir a la multitud reunida en los alrededores de la iglesia de Santa María Irlandesa.

Toda la comunidad —hombres, mujeres y niños— de Shanon Galls se había dado cita en las inmediaciones de la iglesia.

Incluso Brigid se encontraba allí, arrebujada en un holgado abrigo, formando parte del grupo de la familia Kinkaid.

George descendió del automóvil en la pequeña y única plaza de Shanon Galls y se reunió con Brigid.

La muchacha vino a su encuentro y Bates tomó sus frías manos sin guantes.

—¿Qué es lo que ocurre? —susurró el médico.

Brigid se estremeció de frío, pues comenzaban a caer gruesos goterones de aguanieve.

—El reverendo Milkins nos ha convocado para que asistamos a un funeral por el alma de todas las personas fallecidas desde... desde que la goleta «Beatitude» zarpara de la rada de Comberry hace ciento sesenta años —respondió la muchacha, con los labios azulados y yertos.

—¿Dónde está Milkins?

—Acaba de llegar. Dentro de un momento dará comienzo el funeral —respondió ella.

Tuvieron que aguardar unos minutos, mientras la única campana de la torre de Santa María Irlandesa dejaba escapar fúnebres campanadas doblando a muerto.

Al fin, Milkins apareció en el atrio y alzó un brazo, invitándoles a entrar en el templo.

Aunque lo acostumbrado era que las mujeres ocuparan la hilera de bancos a la izquierda, mientras los hombres hacían otro tanto a la derecha, esta vez todos optaron por acomodarse en el templo, mezclados heterogéneamente.

Como la familia Kinkaid entró de los últimos, Brigid y George hubieron de permanecer de pie, junto a las cancelas de entrada.

Un momento después dio comienzo el oficio fúnebre.

Cuando el padre John Milkins comenzó a desgranar un responso, George introdujo una mano en su chaquetón y extrajo la lista del rol del «Beatitude», que consultó apartándose unos pasos.

Luego volvió junto a Brigid.

Acababa de comprobar que el padre Milkins también estaba en la lista de los sentenciados por el reverendo Seamus McGrath.

Capítulo 9

L

A potente voz de tenor del padre Milkins hallaba un eco impresionante bajo las altas bóvedas del templo.

—Impetramos la gracia del Todopoderoso para las almas de nuestros hermanos fallecidos en extrañas circunstancias desde que...

Brigid tiritaba bajo el grueso abrigo. Tras una breve indecisión, y sin pensar que su actitud pudiera parecer irrespetuosa a sus convecinos, George pasó un brazo sobre sus hombros y la cobijó junto a sí.

—... que encuentren la paz, la misericordia y el perdón...

La temperatura era bajísima en el interior del templo.

¿Cómo era posible, si fuera estaba lloviendo?

También George comenzó a experimentar un frío intenso, que penetraba sus ropas y ponía escalofríos a ras de su epidermis.

—... todos, reunidos aquí, imploramos piedad al Señor. Que nuestros errores y los de los que nos precedieron, sean perdonados...

George sentía que sus pies se helaban y se tornaban insensibles. Los movió un poco y advirtió que las personas que le rodeaban hacían otro tanto.

De hecho, todos se restregaban las manos, se insuflaban vaho en los dedos y pateaban disimuladamente el pavimento, es un inútil intento por generar un poco de calor.

La temperatura descendía constantemente, era ostensible.

Probablemente, según calculó el doctor Bates, el termómetro habría descendido por debajo de los cero grados centígrados.

Miró el reloj, inquieto.

Eran las cinco de la tarde.

La luz diurna había disminuido tanto que apenas penetraba una vaga claridad grisácea por los rosetones elevados del templo.

La voz del padre Milkins se había tornado más ronca, insegura y lenta.

—... para que la bondad del Todopoderoso descienda sobre nosotros, oremos todos juntos: Padre Nuestro, que estás en los Cielos...

Brigid temblaba entre sus brazos y George la apretó aún más, sin reparar en que él también tiritaba violentamente.

Las voces de los fieles apenas salían de entre los labios. Se oía un bisbiseo quedo, monótono, apenas inteligible:

—... Perdónanos nuestras deudas...

¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

A lo largo de los tres años que el doctor Bates llevaba en Shanon Galls, jamás había apreciado temperaturas tan extremadas. Cierto que el invierno en aquellas latitudes no era precisamente templado. Por lo común, en las tierras de la costa atlántica llovía sin cesar, pero rara vez nevaba o helaba, pues las corrientes del Gulf Stream templaban el litoral irlandés.

—Debe estar nevando —pensó.

Finalmente, su curiosidad le impulsó a separarse de Brigid y caminar hacia la cancela con pasos quedos.

Abrió y se asomó al exterior.

No nevaba, pero la niebla, tan espesa que impedía ver a diez metros de distancia, lamía el suelo y se pegaba, perezosa, a los muros.

La temperatura en el exterior era gélida.

Pensando que ello ayudaría a preservar un tanto a las personas que oraban en el interior, George tiró de los recios portones para cerrarlos.

Y entonces entrevió las confusas siluetas que avanzaban hacia el templo desde todos los rincones de la plaza.

Era imposible reconocer sus rostros, pues en realidad no eran más que sombras un poco más oscuras que la niebla.

Se movían lentamente, como espectros recién salidos del sepulcro. Brotaban de todas partes e iban confluyendo, sin prisas, en la plaza de Santa María Irlandesa.

George retrocedió, espantado.

A la cabeza de aquel grupo de espectros acababa de distinguir la elevada silueta ataviada con vestiduras eclesiásticas.

—¡El reverendo McGrath...! —murmuró, aterrado.

Un soplo de viento helado le empujó con fuerza.

Pero Bates se abalanzó sobre los portones entornados, cargó todo su peso sobre ellos y logró correr el grueso cerrojo de metro y medio de longitud.

Inmediatamente, escuchó el estrépito de algo que chocaba violentamente contra las maderas de roble.

Los portones se estremecían y crujían al impulso de aquellos golpes. Del exterior llegaba un horrendo rumor formado por chillidos, bramidos, maldiciones y rechinar de dientes...

Pálido, horripilado, George era incapaz de moverse de aquel lugar.

Luego chirrió la cancela y alguien le tomó por un brazo.

Era Brigid, temblorosa, que tiraba de él y musitaba:

—¡Por favor, por favor, apártate de ahí! ¿No comprendes que son ellos...?

Se dejó llevar. Ella cerró la cancela y le empujó lejos de allí, hacia la muchedumbre que se apelotonaba, trémula, en el interior del templo.

El padre Milkins, arrodillado, bisbiseaba su oración, con la espalda encorvada y temblando de frío y de espanto.

Un viento gélido y potente se filtraba ya por todas las rendijas, impulsando aquella bruma mortal hacia el interior de la iglesia.

Las llamas de los cirios titilaban, a punto de ser apagadas por la potencia diabólica de los desatados elementos.

En las alturas, resonaban crujidos y un trozo de cristal cayó desde lo alto y se hizo añicos sobre las losas.

Brigid había caído de rodillas y rezaba, llena de fervor.

Al cabo, George hizo otro tanto.

Y al apoyar una mano en el suelo, advirtió que se estaba formando escarcha.

Apenas podía dominar el movimiento frenético de sus mandíbulas y el castañeteo feroz de sus dientes.

—¡Dios mío! —temió—. ¡Vamos a morir congelados...!

Brigid le tomó por un brazo.

—No se atreverán a penetrar en la casa de Dios —susurró ella—. Te lo ruego, George. Reza conmigo.

Y ella pronunció: «Creo en Dios Padre, Todopoderoso...»

Y George continuó: «Creador de Cielos y Tierra, de todo lo visible y lo invisible...»

¡Lo Invisible!

Un horrisono estrépito llegaba de la cancela, de las bóvedas, de la puerta del campanario...

Se diría, que miles de enemigos rodeaban el templo y pugnaban por encontrar un resquicio por dónde...

—... Creador y Dador de vida... —pronunciaban los labios de Brigid.

Sobre los cristales de los rosetones se formaban ya aglomeraciones de escarcha. La niebla, malsana, fría, paralizante, seguía penetrando por las rendijas.

—Debemos estar a quince grados bajo cero —pensó el doctor Bates, esforzándose en continuar erguido sobre sus rodillas.

Una niña comenzó a gemir. Y otros pequeños la imitaron.

—Están aterrados. No pueden comprender lo que está sucediendo. Y en cualquier caso, es injusto que...

Los niños lloraban desconsoladamente. Y sus madres no encontraban argumentos para hacerlos callar. Se limitaban a rebujarlos entre sus toquillas y abrigos, a protegerlos del frío inclemente que aumentaba sin cesar.

Al fin, los niños callaron.

Brigid seguía rezando fervorosamente, cuando se produjo aquella barahúnda de chillidos, gruñidos, bramidos y maldiciones en el exterior.

Con ello, arreciaron los golpes sobre los portones de la iglesia, que amenazaban con venirse abajo.

Despavorido, George Bates se puso en pie.

Nunca había prestado el menor crédito a la leyenda de los «Navegantes de la Bruma». Ni a las tradiciones y creencias de los sencillos habitantes de aquellas tierras.

¿Cómo explicar, con la única fuerza de la razón, lo que estaba sucediendo allí?

El viento huracanado seguía pugnando por penetrar en el interior del templo, en cuyos rincones se formaban ya verdaderos montones de hielo traslúcido y azulado.

—Verdaderamente, ocurren fenómenos incomprensibles. Y lo mejor es no intentar encontrarles una explicación lógica —pensó George, tiritando frenéticamente.

El viento gélido producía gemidos fantasmales al penetrar por los resquicios y hendiduras de las maderas, de los altos vitrales. Se colaba por cualquier agujero arrastrando aquella bruma mortal que el frío condensaba en témpanos de hielo sobre el pavimento, en los rincones y aristas.

—¡No es justo! —gritó Bates, consternado.

Y caminó vacilante y penosamente hacia la cancela sobre el pavimento helado.

—¡¡George!! —trató de detenerle Brigid.

Pero el hombre no la oyó.

Acababa de abrir la cancela y recorría frenéticamente el pesado cerrojo. En cuanto lo hubo hecho, una avalancha de hielo zumbó sobre él y le hizo retroceder hasta que su espalda chocó violentamente contra la cancela.

Desde allí vio, horrorizado, a los cuarenta y ocho espectros que pugnaban por lanzarse al interior del templo.

—¡¡NO ES JUSTO!! —gritó como un energúmeno—. ¡No es justo que estas pobres gentes paguen por un asesinato que cometieron otros, aunque fueran individuos de su misma familia!

Quiso avanzar unos pasos hacia la alta silueta vestida con ropas talaras que el viento helado alborotaba y azotaba.

Más no pudo moverse de donde se hallaba.

Entonces el espectro avanzó hacia él lentamente.

Al compás de aquel avance, la sangre del doctor Bates se enfrió y sus

brazos cayeron inertes a los costados.

—Voy a morir —pensó. Pues notaba cómo su cuerpo se iba helando progresivamente.

Cayó lentamente a tierra, incapaz de gobernar sus movimientos ni utilizar sus miembros para evitar la caída.

Sus sienes latían atropelladamente y apenas podía respirar aquel aire denso y agobiante.

Y entonces escuchó la voz que vibraba bajo el atrio con vibrantes ecos.

—¡¡BATES, BATES....!! TU SIEMPRE FUISTE UN DESCREIDO...

George notaba que el intenso frío progresaba desde sus piernas hasta su vientre y llegaba hasta el estómago.

Sabía que en cuanto la gélida ola llegase a su pecho, el corazón se pararía y Bates sucumbiría.

—PERO ES CIERTO QUE NOAD BATES ESTABA ENTRE LOS HOMBRES QUE ME FUERON FIELES HASTA EL ÚLTIMO MOMENTO... ¡BATES, BATES, TAMBIEN MI ALMA VAGARA ETERNAMENTE MIENTRAS MI MISERABLE CUERPO NO ENCUENTRE SEPULTURA EN LUGAR SANTO...!

La insensibilidad alcanzaba ya a la parte baja del pecho. George apenas podía respirar ahogadamente.

—TAMBIEN HAY LUGAR PARA LA MISERICORDIA. ESCUCHAME, BATES: IRAS A LA RADA DE COMBERRY, A PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA... HAZ LO QUE TE DICTE TU CONCIENCIA —volvió a resonar la voz del espectro.

Aunque tenía los ojos entornados, advirtió que la sombra se retiraba, se reunía con las otras y lentamente se alejaban.

En aquel momento, el viento huracanado dejó de soplar. Brigid se acercó impetuosamente y se inclinó sobre el doctor Bates, que había perdido el conocimiento.

EPÍLOGO

A

L amanecer, George y Brigid abandonaron la abrigada casa del médico y salieron a la calle.

Grandes bloques de hielo se erguían aquí y allá como mudos centinelas.

George había estado oyendo la radio un momento antes. El parte meteorológico no registraba temperaturas inferiores a los cero grados en la madrugada pasada en todas la comarca de Bargerón Inns.

Pero Shanon Galls aparecía invadida por gigantescas aglomeraciones de hielo en todas las callejuelas, la plaza y los alrededores de la aldea.

George no hizo uso del coche. ¿Para qué? Los neumáticos se hubieran deslizado peligrosamente sobre el hielo.

Había intentado emprender en solitario el paseo hasta la bahía de Comberry, pero Brigid se había negado tozudamente a dejarle partir solo. Y al fin, él se había resignado a dejarse acompañar.

En un estado de ánimo deprimido y triste, emprendieron el largo descenso hacia la cala.

Habían escogido las ropas más cálidas y abrigadas y el doctor Bates llevaba una petaca de *whisky* en el bolsillo de su chaquetón. Al llegar a los confines de la aldea, sacó la vasija y la ofreció a Brigid, que bebió un poco y se la devolvió. También George bebió un largo trago, que le obligó a estremecerse primero, pero llevó el calor a sus miembros enseguida.

A medida que descendían, advirtieron que la niebla, espesa y luminosa, flotaba sobre los escarpados, de modo que no era visible la costa.

Al fin, escucharon, próximo, el rumor del mar. Caminaron con cuidados sobre las resbaladizas rocas de la orilla y escrutaron la rada.

Algo producía un sonido metálico sobre las rocas. Guiados por aquel rumor, caminaron unos metros a la derecha.

—¡Un bidón, un gran bidón de zinc! —exclamó Brigid, estupefacta.

«... *lo introdujo en un gran bidón de zinc, cerró herméticamente la tapa y...*»

Inseguro, George puso sus manos sobre el recipiente. Luego de repente, tiró del bidón y lo sacó del agua.

—¡Mira! —gritó Brigid, desfavorida.

La niebla se había descorrido en un gran tramo. A través de la vedijas gaseosas, ambos contemplaron la esplendente goleta que se balanceaba en la rada, a cien metros escasos de la orilla.

Y súbitamente, la nave se desvaneció ante sus ojos hasta desaparecer por completo.

Pasados unos minutos, Bates consiguió destapar el bidón. Dentro, encontraron el cadáver de Seamus McGrath, completamente momificado.

★ ★ ★

Seamus McGrath recibió cristiana sepultura en el cementerio de Shanon Galls aquella misma tarde. Toda la comunidad había concurrido al acto, tras el cual se celebró un solemne funeral.

Al anochecer, el cielo estaba claro y despejado y la temperatura era muy agradable, cuando George Bates y Brigid regresaban lentamente hacia la aldea.

Antes de llegar, el médico tomó a la muchacha por los hombros y le dijo:

—¿Quieres casarte conmigo, Brigid?

—¡Dios mío, sí, cuando quieras! ¡Había temido tanto que no llegases a pronunciar esas palabras...! —respondió ella, arboladas las mejillas.

Y detrás del corral de Jeremy Parsons se besaron tiernamente.

★ ★ ★

Jamás volvió a aparecer en la bahía de Comberry la goleta fantasma.

Por supuesto, George Bates sigue ejerciendo como médico en Shanon Galls y no parece muy dispuesto a moverse de allí jamás. Sobre todo después de saber que Brigid le dará un hijo cuando llegue el otoño.

¡Ah, el bonachón del sargento Dolan Raft se ha ofrecido como padrino! Naturalmente, el doctor Bates ha aceptado, encantado.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

GRAN
COLECCION
DE TEMAS
RESERVADA
PARA
EL HOMBRE
DE HOY

DRACULA
SATANAS
SADISMO
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRATA
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LOS TEMPLARIOS
LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES

TITULOS PUBLICADOS

ONIROMANCIA
LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO
LA REENCARNACION
LUTERO
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EN TRANCE
LAS HUELLAS DE LA
MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENNA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL
VUDU, SANTERIA Y
MACUMBA
VISION MEDIUMNICA

Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S. A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens. FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **40** PTS.

Notas

[←1]

El *Rottweiler* es una raza de perros de los llamados Bouvier. Parecido al mastín y al dogo, es un can belga de gran corpulencia. Es un excelente perro de guardia. Su pelaje es de tono negro y retinto (rojo), con algunas manchas de color amarillento.

[←2]

“Felicidad”, en inglés.

“Tsunami”, ola gigantesca formada por un maremoto o terremoto submarino. Los efectos de las “tsunamis” pueden alcanzar a centenares de kilómetros del epicentro del maremoto. En Hawái se han ahogado personas y zozobrado barcos como consecuencia de un maremoto producido a 3.000 km, de distancia, en las Aleutianas.

[←4]

“Desgracia”, en inglés.